

Vida Nueva

No se devuelven los originales

Telegramas: Vida-Nueva, Madrid

Telefono 1113

Núm. 8

Oficinas: San Agustín, 10.—Madrid

31 Julio, 1898

Renovación

El precepto délfico de «conócete a ti mismo», reza tanto con los pueblos como con los hombres que los componen. Un pueblo que no se conoce es un pueblo con voluntad viciada, porque la voluntad es la reacción propia del carácter individual, la reacción inteligente, y no el reflejo automático ni la impulsividad ciega. Aquí, en España, reina acerca de la voluntad una idea disparatada, pues se sabe de dónde le salen al español las determinaciones enérgicas e injustificadas y que es lo que según Prim hace falta para la guerra de guerrillas.

Los tales se nos han subido a la cabeza, donde nos atrofian la sesera. Así es que habrá eso, pero no voluntad, por falta de inteligencia.

Hora es ya de que en vez de adularnos y adormecernos con una historia amañada y vuelta del revés, nos escurriremos en la vida colectiva cotidiana, tal como ésta se ostenta en las costumbres y usos del pueblo, sobre todo del esparcido por los campos, del que vive en más íntimo abrazo con la naturaleza que amasó nuestra primera pasta. Muchos hay que preganando gran confianza en el pueblo español, acusan á los que le dirigen, y es hora de mirar bien si no radica el mal en algo común á acusados y acusados; si es que hay que variar de orientación y si acaso no tuviéramos otra salvación que descastrarnos de un modo ó de otro.

Ahora mismo, con motivo de la guerra, que es, según dice De Greef, el fenómeno social inconsciente por excelencia, puesto que acaba siempre por donde se debería comenzar, si se fuese capaz de establecer la balanza exacta de las fuerzas hostiles, es decir, por un tratado; con motivo de esta guerra, tan irracional de una y de otra parte como otra cualquiera, los mismos que abogan por la paz mantienen, por lo general, explícita ó tácitamente, todo eso del honor y otros tópicos de barbarie y de perdición, tumores pestíferos de la historia. Es muy raro encontrar quien con ánimo sereno exerce de Breda, Pavia, Otranto, Wad-Ras, y de otras semejantes vergüenzas del pasado nacional.

Se hace, por otra parte, campaña en pro del servicio militar obligatorio, y es lástima que los más de los socialistas empujados en esta acción táctica que lucieran, repitan el *jó todos ó ninguno* dejando en la sombra de hecho el objetivo final único, el de que no vaya ninguno á esa esclavitud vergonzosa. Con que vayan todos se busca el que no llegue á un ninguno, pero el fin no justifica los medios. Lo que hace falta es combatir sin tregua la institución militar misma, y esperar con fe. Los rodeos de la táctica acaban por hacer que se pierda de vista la meta.

Da pena ver cómo no surgen visionarios ni quienes aprendan en la niebla como, difuminados los contornos de las cosas, compujan éstas entre las cosas. Ve cómo muchos ignorantes en germen los utopistas y crecen los sesentos, empujados de sol que deseca y de claridad meridiana, que bañando en luz la superficie de los objetos, nos oculta sus entrañas. Apenas observar cómo al ritmo de la no curada *morgue castellana* cunde la rampolnería, y entristece cada elugio que se lee en los periódicos de la seriedad del público español, porque esta seriedad es la del burro; la seriedad del público, porque el pueblo, más que serio es triste.

De la política nadie espera nada, porque la política, suprema conciencia colectiva nacional, se reduce aquí al arte de la producción, reparto y consumo del presupuesto. Y si no hay política española, popular y honda, gobierno de las cosas y no de los hombres de España, es porque no hay aquí todavía conciencia colectiva popular. Nuestra historia, en vez de habérsela dado, no ha hecho más que estorbar su desarrollo, porque la historia de España parece una continua presión para impedir se formase unidad popular y conciencia con ella.

Como no se ha logrado hacer cerebro nacional, España es una especie de radiado ó cualquier otro organismo descentralizado, sin más que tales cuales ganglios aquí ó allí. Su centro oficial es un estómago, no un cerebro. Como los pueblos africanos, vivimos sumidos en marasmo de siesta cuando no nos sacuden la ventolera de la guerra santa, el instinto de conservación ó un ataque epiléptico para cambiar de postura.

De evolución no hay que hablar, porque ni la entendemos siquiera. La serpiente no se desprende de la piel vieja mientras no tiene formada la nueva por debajo de ella, y aquí en vez de provocar el desarrollo de la piel de muda, bajo la protección de la que se engurruña y aja, no hacemos sino dar tirones á ésta. Urgamos la custra en vez de activar la circulación de la sangre en torno á la herida que la custra cubre y protege.

No creo quede ya otro remedio que sumergirnos en el pueblo, incoherente de la historia, en el proto-plasma nacional, y emprender en todos los órdenes el estudio que Joaquín Costa ha emprendido en el jurídico. Hay que aprender á desengañarse, de Segismundo, que soñó historia; y á vivir, del Alcalde de Zalamea. El especial anarquismo que caracteriza espontáneamente á nuestro pueblo puede y debe ser la base firme de una autoridad que llegue aquí á ser fecunda; autoridad interior y no impositiva. Sólo los burros pueden creer que la autoridad exige palo, ó sea dictadura.

No sé cómo, pero es el caso que en el curso de nuestra historia ha venido á ser lo que aquí bulle del pueblo un público *infilosófico é irreligioso*. La infilosofía de nuestro pueblo histórico salta á los ojos en nuestra literatura contemporánea, literatura de oradores por escrito. Es una flora sin fruto, porque no tiene raíces. Casi todo en ella no habla más que á la fantasía visual ó al oído; la condenada inautencia de color del cuadro de género, el sou-souete aurumecedor, ó algún sólo de *fole de gaiia*. Como el extenso páramo castellano se tiende bajo un cielo transparente y puro, así bajo una forma transparente y amplia se tiende el páramo de la rampolnería, compacto y seco. Con alguna agua y sol, da garbanos para el castizo puchero.

En otros países donde hay pensadores que bucean en lo trascendental y que escaraban en los abismos de lo que aquí á nadie le importa, pueden los literatos abstenerse de bajar á esas honduras, por-

que aspiran en el ambiente sus emanaciones. Kant vivificó á Schiller, mas donde no hay kantismo los Schillers tienen que crearse. Y aquí en este respecto apenas llega más que la letra muerta de la literatura francesa, cuyo espíritu sensual y lógico no es muy extraño, dígame lo que se quiera de esa comunidad de la supuesta raza latina, que es otra gran mentira.

Nuestra infilosofía arranca de nuestra irreligión. Dogmas, confesados pero no creídos de corazón, por haberse reducido á cáscaras sin almendras; principios intelectuales que no están en íntima comunión con la vida espiritual de la piedad; fórmulas abstractas y petrificadas que no fecundan el sentimiento, ni fomentan la bondad; definiciones escolásticas que no dan caridad, ni esperanza, que es confianza en el ideal, aquí bajo inasequible, y abandono viril en brazos del amor del Padre. Aquí vigoroso arranque de nuestra mística, que preluaba una honda y entrañable reforma española, fué ahogado en germen antes de que diese frutos razonados, y sobre su tumba crecen hoy prácticas supersticiosas que engendraron el casticismo de los probabilistas. Y como cizaña en empobrecido campo de trigo, crece y ahoga á la escasa mies la *fe implícita*, del carbonero; la disciplina en vez de la fe viva.

¿Queda algún remedio? El único que se vislumbra es que la conciencia histórica nacional vuelva á sí, se escurra y escurriente en sus escondrijos, y lo que llama sus glorias, y en fuerza de análisis se digiera á sí misma. Y entonces tal vez podrá brotar bajo sus ruinas una conciencia nueva, la conciencia propia del pueblo español surgiendo de lo inconsciente que en éste palpita, del especial anarquismo que en su seno duerme, de aquel anarquismo de resignación activa que en nuestros místicos comprendió con el Apóstol que *la ley hace el pecado* y en nuestro poeta que *la vida es sueño*. Tal vez entonces podamos soñar con fruto, con fruto que grane al despertarnos del sueño.

MIGUEL DE UNAMUNO.

LETRAS pasadas de moda Á ITALIA

O patria mia, vedo te mura e gli archi:

Veo joh patrial columnas, simulacros, arcos, muros, solitarias torres de nuestra clara estirpe; no la gloria de nuestros viejos padres. Débil hora, nuda enseña la frente, nudo el seno. ¡Ay! cuánta, cuánta herida, qué lividez, qué sangre! ¡Oh cuál te miro bellísima señora!

yo increpo al mundo, al cielo: decid, decid ¿quién á tan triste estado la pudo compeler? ¡Oh, y aún oprimen sus brazos las cadenas! Sí, que suelta la cabellera, y arrancado el pelo, abandonada mora por tierra, sin consuelo, y, oculto el rostro en las rodillas, llora. ¡Llora, que harto has motivo, Italia mia! en la suerte infeliz y en la fortuna nacida á ser del mundo vencedora.

Fueen tus ojos dos raudales vivos, y aun no alcanzara el lanto á lamentar tu oprobio y tu quebranto; que fuiste reina un tiempo, y sólo ahora desventurada huérfana.

¿Quién sobre ti discurre, que, recordando tu esplendor pasado, no diga: Grande fué, mas ya no es grande? ¿Por qué, por qué? ¿Dónde la fuerza antigua? ¿Dónde las armas, la constancia, el brío? ¿Quién te arrancó la espada? ¿Quién te vendió? ¿Qué afán, qué trama artera bastó á tu poderío á arrebatarte el manto y la aurea banda? ¿Cómo caíste, cuándo, de tanta altura á tan profundo abismo? ¿Nadie llora por tí? ¿No te deliró de los tuyos ninguno? ¡Un arma, un arma! yo solo en la contienda combatiré yo solo.

Concede ¡oh cielo! que mi hirriente sangre italo pecho en su fuego encienda. ¿Dónde están tus hijos? Óigo rumor de armas, y de carros y voces y atambores; pugna tu prole en extranjeris dimas. Escucha, Italia, escucha: Entrever creo un olear de infantes y caballos, y hano, y polvo, y centellear de espaldas, como entre nibla lampos.

¿No te reanimas? los trementes ojos ¿no osas tornar habita el dudoso oranto? ¿Por quién combates en aqueos campos los italos mancebos? ¡Dioses! ¡Dioses! por otra tierra nuestras armas lidian. ¡Oh sin ventura aquel que cae postrado! No por sus dulces playas, por la esposa casta y fiel, y los amantes hijos; mas por extraños, por ajeno fuego, y no al morir le es dado clamar: ¡Patria querida, la vida que me diste hora te entrego!

Antes en vuelo rápido cayendo al fondo mar, extintos en el abismo estallaron los astros, que nuestra veneranda memoria, ó nuestro amor menguó ó se ovidió. Vuestra tumba es altar; y aquí trayendo sus párvulos las madres, ensañarales los hermosos rastros de vuestra sangre. ¡Ved! yo de rodillas me postro ¡oh venturosos! y estos terrones y estas piedras beso, que preclaras serán eternamente en cuanto el mundo encierra.

¡Ah, si con vos yaciese, y empapada estuviera en mi sangre esta alta tierra! mas si es otro el destino, y no consiente que entorne yo los moribundos ojos por Grecia extinto en áspera contienda, de vuestro vate la modesta fama, la edad futura, si á los dioses place, recuerde en tanto que la vuestra esplenda.

LEOPARDI.

A Eusebio Blasco

Eres uno de los escritores que más han contribuido á sostener la Restauración.

Y dicho esto, es descargo de las alabanzas que voy á prodigarte, fátro en materia.

Si no has á guiso, cuida de darte al corazón, no olvides una intención y un beneficio se ovida.

Si hubieras tenido presente, empetado Blasco, ese aforismo del presidiario Mo Lucas, en *El Diablo Mundo*, á fe que no te vieras cesante en el destino que desempeñabas en Hacienda. Gabriñana llamo ladrones á los conservadores, y le respetaron en el suyo. Si tú, además de eso, llamas miserables á los liberales, seguirías sin detrimento en tu cobranza mensual.

Nunca deben hacerse las cosas á medias. Puesto á atacar al Gobierno, debiste calificar de criminal á Sagasta, de incapaz á Capdepón, de insignificante al López de tu Ministerio y de lo que mereciesen á los demás ministros; pues aun en el caso improbable de que el resultado para ti hubiera sido igual, te quedaría la satisfacción de haber respondido en sentido más afirmativo aún, en estos menguados tiempos de acomodamientos y cobardías, á la pregunta de Quevedo:

«¿No ha de haber un espíritu valiente?»

Mas no insistiré en esto. Lo dicho por tí dicho está, y tu cesante firmada. Así, hablemos de otra cosa.

¿A quién le debes el favor? Unos dicen que á Sagasta, otros que al Puigcerver, y los más que á Núñez de Arce. Yo acepto la última versión por ser la más lógica. Acaso no es ese Núñez literato y amigo tuyo? Sea quien fuere, la cosa es chica; Lilliput puro.

Lo que estoy esperando con impaciencia son las dimisiones, que no pueden por menos de presentar, los escritores que viven del presupuesto, y que, ó yo he perdido la brújula en cuestiones de dignidad, ó deben venir redactadas en esta ó parecida forma:

«En vista de que el Gobierno, al firmar la cesantía de Eusebio Blasco por haber dado su opinión en asunto que al porvenir de la patria interesa, nos trata indirectamente á los demás de empleados máquinas, obedientes, sumisos, sin condiciones para pensar ni valor para hacer público nuestro pensamiento; teniendo en cuenta además que nos insulta al suponer que callamos por miedo á no cobrar, ó que sólo servimos para llegar tarde á la oficina, trabajos que cerrar los ojos ante las injusticias, ó concederle al chanchullo la complicidad de nuestro silencio; nosotros, indignados, presentamos la dimisión de nuestros destinos, prefiriendo la noble independencia del escritor á las pesetas que la patria, no el Gobierno, nos da por servirla.»

Posible es, casi seguro, que esas dimisiones estén ya presentadas, y yo no lo sepa. Si así fuere, felicita en mi nombre á esos dignos compañeros del gremio *currelador*.

Y felicitándolos á ellos, claro es que quedas tú felicitado; que bien lo merece la abnegación con que has comprometido tu destino por coquetear con *doña Verdad*, noble señora tan antipática é indigesta para el común de los fieles, como simpática y seductora les es *doña Mentira*, esa tía que cuenta hoy con tantos adoradores, entre las gentes de nuestro oficio especialmente.

Mucho, querido Blasco, has pecado en la Restauración; pero como has amado mucho también, sacrificando ahora el pan de tus hijos creo que todos los que te censuramos ayer debemos en justicia aplaudirte hoy y reservarte para mañana el puesto á que tienes derecho por tu talento. Renunciar á 30.000 reales al año en estos tiempos, por no callarte una verdad que nadie te obligaba á decir, es mérito mayor que alardear de consecuencias estériles y de puritanismos infecundos.

Cuenta por esto con la admiración de JOSÉ NAKENS.

Retratos

El hombre del día

Al maestro Blasco, cesante de Hacienda.

La frente, donde el tiempo comienza á dejar las huellas de su paso; los ojos vivos; la boca, contraída siempre por la sonrisa del hombre satisfecho de su suerte; la barba puntiaguda y caúosa; la estatura mediana, las espaldas anchas, el ademán correcto, la voz sin matices, son—¡oh, maestro Blasco!—como el rostro, el pelo y las hechuras de casi todo el mundo.

Es nuestro prohombre, la medianía encumbrada; salió del montón anónimo su nombre, que vivirá en la memoria de las gentes mientras tenga la *Gaceta* á mano; pero en la despreciable vulgaridad del montón inominado siguen su pensamiento y su voluntad y sus ojos y su frente y su oratoria y su ser entero.

No tiene nada que le sea propio; nada hace que le diferencie de los demás mortales; no deja en prenda de superioridad ni un hecho ni una idea; ni es bueno hasta la virtud, ni malo hasta la perversidad; ni es grandemente inmoral ni honrado; es como todos los miembros de esta sociedad mediocre, avisados para el bien propio, menospreciadores del bien ajeno, laboriosos, codiciosos, superficiales, indiferentes, con la sangre envenenada por el egoísmo...

Ha llegado, sin saber cómo, sin desearlo seguramente, sorprendido él mismo antes que nadie del éxito, que no le costara penosos trabajos, ni grandes sufrimientos, ni un desengaño, ni una légrima...

ma... Como él subió, pudo subir otro López cualquiera á quien la imbecilidad social, más que la suerte, empujara...

Por no tener algo peculiar que le singularice, hasta carece de aquellos rasgos físicos que os hacían exclamar, en la calle, cuando encontrabais á las grandes vulgaridades de la política: «Ahí va Venancio González, ó Becerra, ó Castellano, ó Barzanallana, ó Capdepón».

La cámara del fotógrafo y el lápiz del caricaturista y la pluma del correcto escritor que diariamente hace el artículo de fondo, como hiciera una digestión ó una limosna, se estrellan impotentes ante la inmensa mediocridad de este hombre.

¿Cómo nació? Como todos. ¿Qué hizo? Empleado, hortera, estudiante, secretario de ayuntamiento, leguleyo, foliculario, hizo lo que todos, trabajar, comer, vivir, medrar, casarse, tener hijos, amigos, acreedores, protegidos...

—Mira, allí va López; decís á quien os acompaña en la calle de Alcalá ó en el Retiro.

—Te equivocas—os responde—se le parece, pero no es él. López, tu López, tiene la barba más corta que el entrecejo más ceñudo, ó el paso más firme, ó usa levitas más largas.

Tú, lector, convencido del error, piensas que debe ser muy triste parecer grande hombre, cobrar por parecerlo y que las gentes le confundan con todos los López, que á pie ó en coche, con sombrero hongo ó con chistera, con uniforme brillante ó con hopa degradada, van y vienen por la acera y el arroyo.

A veces, hay quien, cándoroso, cierra el puño airado y lo alza al cielo pidiendo venganza de estas injusticias. Tú, lector, quien quiera que seas, cuando sientas la ira enardecer tu sangre, apaciguete y piensa que si sólo los grandes hombres se encunbraban, no se cumpliría el castigo con que Dios, el Dios eternamente justo, inflexible, sin punto de misericordia—que es vacilación y tibieza—afrenta á las sociedades envilecidas.

DR. PEDRO RECIO DE TIRTEAFUERA.

Zola crucificado

La barbarie de unos, el fanatismo patriótico de otros, la torpe adulación de los de abajo á los de arriba, el temor al adulete triunfante, acompañaron en su calvario á Zola. Los sayones del militarismo y de la plebe canallona le abofetearon y trataron de amordazarle y le clavaron en la cruz.

Un país tan libre de espíritu como Francia donde se negó la divinidad y se llevó á un monarca á la guillotina, prostrábase humilde y bajuno ante el dictador futuro. Ya lo dijo el Zola perseguido de hoy: «En Francia se puede negar á Dios pero no discutir á Víctor Hugo».

El hombre tan culto como el doctor de la Universidad de Burdeos canta el otro día en magnífico discurso las excelencias del *intelectualismo* sobre el militarismo, é inmediatamente todos los profesores de la Universidad indignados y frenéticos, acuden al general gobernador de la capital de Girona, y como rebato humilde le piden perdón y clemencia y arroja el depósito sagrado de ciencia, de saber y de libertad á los pies del nuevo tirano para que por los pistos con sus botas de montar, lo rasgue con sus espuelas y lo descarrilice con el sable.

Precioso era solemnizar la apoteosis. Zola, por obra de sus sayones, ha sido *descrucificado*. Su cadáver, en ridículo descendimiento, cae al suelo. La legión de honor que honró sus filas con los nombres de Cornelius, Hertz y los ladrones del Panamá, arroja al ilustre autor de *La Debacle* del más honroso título de que antes se vanagloriaban los franceses.

¡Zola descrucificado!

Con cuanta razón dijo el poeta:

En tiempo de las bárbaras naciones colgaban de las cruces los ladrones; pero ahora, en el siglo de las luces, del pecho del ladrón cuelgan las cruces.

Todos culpables

¿Quién ha tenido la culpa de la guerra con los Estados-Unidos? ¿quién alentó al pueblo con ilusiones mentirosas para desear la contienda? ¿quién empujó al Gobierno, á este Gobierno mísero, que ha estado á merced de lo que le pedían los periódicos, á aceptar una lucha físicamente imposible?

¿La culpa, la culpa de la guerra! La culpa la ha tenido todo el mundo, todo el mundo que escribe ó que habla; porque apenas hay media docena de espíritus que dicen la verdad siempre y que aman la impopularidad, que es condición de acierto en todas las grandes causas sociales, humanas, que se atrevieron á tiempo á sostener que la guerra era una insensatez, un delirio, una violación de las leyes naturales.

Aparte de que la opinión, fuera de la gente que habla y escribe y alborota y bulle, la opinión de España no se ha podido conocer, porque no se la ha consultado, ni se la ha querido oír, ni se la tuvo jamás en cuenta desde que en 1895 se dió el grito de Baire, tragedia nacional que tiene ahora su forzoso dolorosísimo desenlace.

Nada significa que á la ratz del *ultimatum* de Mac-Kinley, en los días de las notas de Woodford, ante la acción bochornosa de los apremios de los yankees, hubiera una parte del pueblo español, la que nada podía tener en sus intereses ni en su vida, de que se tragara la pelea; que saliera por calles y plazas en algunas capitales de la Península á dar vivas, á conseguir fáciles victorias, haciendo arriar de los edificios que la ostentaban la bandera odiada de las estrellas y las barras.

Toda aquella agitación, todo aquel ruido, no podía traducirse diciendo que la guerra era popular. Las minorías turbulentas, vociferadoras, que declamaban y no ejercen el patriotismo, no pueden aspirar jamás á que de ellas se diga que representan la voluntad nacional. Ha podido muy bien ser la mayoría de la nación española contraria á la guerra, y sin embargo, por miedo á aparecer antipatriótica, por indiferencia explicable en la situación de atonía de la conciencia pública, por no ir contra la corriente y hasta por esperanza remota de que pudiera equivocarse, cruzarse de brazos y dejar hacer...

Indicios vehementes, vehementísimos, de que todo lo que ha ocurrido, ocurrió de la manera que decimos, se encuentran observando que ya desde el principio de la guerra no la quisieron los obreros, y que en Cataluña, por lo menos desde el desastre de Cavite, si no mucho antes, hubo y hay una opinión considerable que desea la paz y la pide y hace responsables de que no se consiga á los politicastros de Madrid.

Si ahora no cuajaran las negociaciones de la paz, y se reanudaran las hostilidades, y viniera al fin para nuestro daño la escuadra de Watson á la Península, se vería bien palmariamente si la guerra era popular. Habríamos de prepararnos á contemplar el espectáculo edificante é instructivo de ver cómo se izaban banderas blancas de parlamento en casi todos los edificios particulares de los puertos amenazados. ¿Y es así, con ese espíritu público, con esos arrestos para la guerra, que han dado tantos miles de voluntarios, como se ha ido á la mortal contienda con los Estados-Unidos? ¿Han sido nunca comparables el entusiasmo y la fe sentidos en España por la lucha, con los arrebatos que en el 70 hicieron gritar á todo un pueblo ebrio: «¡Berlín, á Berlín!»

Lo que hay es que los que escriben y los que hablan, los que pretenden dirigir la opinión, los que se instituyen á sí mismos cual cerebro y corazón de la patria, han imaginado que lo que ellos pensaban ó lo que ellos deliraban eran la voluntad y el pensamiento de España.

Siempre, de todo tiempo fueron las minorías alborotadoras, audaces, las que se impusieron. Minoría eran los jacobinos en la revolución francesa, y en aquella Asamblea 500 hombres callaban ante la tiranía de uno solo, y un pueblo entero iba á la guillotina llevado por la media docena de fieras que constituían el Comité de salud pública.

España ha pasado por el período del terror; de la sospecha, de la delación, y en aquel verano terrible de 1895 unos cuantos periodistas constituían el tribunal de la salud pública para calificar de filibusteros á cuantos amaban la libertad y la justicia en las colonias, para cuantos en la aplicación de las reformas autonómicas veían la salvación y el honor de la patria.

Y ahí está contenida toda la cuestión y de ahí arranca toda la culpa de este desastre incunarrable, casi bíblico, por que atraviesa España.

No. Ninguna previsión, ninguna preparación para la guerra hubiera evitado jamás que los Estados-Unidos nos vencieran. La preparación y la previsión estaban en haber concedido la autonomía cuando todavía era capaz de producir frutos, cuando aun había país, cuando la desolación y la ruina de Cuba no lo habían convertido en un cadáver imposible de galvanizar ni aun por los remedios heroicos.

Previsión, preparación para la guerra con los Estados-Unidos. ¿Todos los poderes del mundo hubieran sido ineficaces á aumentar la masa de España y á disminuir la masa de la República norteamericana. En la historia se han dado casos, muy pocos, pero, en fin, se han dado, en los que una masa menor venciera á la mayor; pero ha sido siempre á condición de que la primera representara la juventud, la fuerza, la civilización, el apogeo de todas las energías físicas y aun morales. Ejemplo, el Japon venciendo á la China. Pero aquí, por doloroso que sea decirlo—más dolorosa es la desventura actual,—el Japon eran los Estados-Unidos y la China nosotros. ¿Qué había de acontecer, si á la razón de ser masa mayor se unía la de representar la juventud, la fuerza, la civilización, el apogeo de todas las energías físicas y aun morales!

Previsión sí, preparación sí, pero para haber creado en España una opinión favorable á la autonomía, para haber barrido de las esferas de la dirección de la política cuantos estorbaban en sus intranquilidades, no siempre fundadas en ideas, el acto de justicia que nos hubiera devuelto á Cuba y nos la hubiera conservado para España.

Previsión sí, preparación del espíritu público sí, pero no para combatir como traidor á la patria al general Martínez Campos porque sentía temperamentos humanos en la guerra de Cuba y porque pedía en Febrero del 96 la medicina entonces aun oportuna de la autonomía, y luego postrarse ante el general Polavieja que á los tres años y medio y ya en lucha armada con los Estados-Unidos sostiene la necesidad de la independencia. ¡Oh, la previsión de no haber aceptado y apoyado la autonomía y defender á los que, acabada ya nuestra soberanía, hablan de su acierto en haber visto como solución la independencia!

Y no se pregunte si ha habido quien ha tenido en España previsión bastante para ver lo que sobre la patria infortunada sobrevendría, que ha habido periódicos, muy pocos, que defendieron la autonomía aun á riesgo de sufrir la infame unas veces y ridícula otras imputación de filibusterismo y ha habido espíritus superiores é independientes como Pi y Margall que se atrevieron á decir que se debía evitar la guerra con los Estados-Unidos aun á costa de reconocer la independencia.

La culpa, la culpa es de todos, aun teniendo en cuenta esas excepciones, y es de todos porque se ha tenido miedo á la opinión ignorante, atrasada, reaccionaria y ese miedo al vulgo, que es el tirano nos ha traído á la actual extremidad de dolor y de vergüenza. No ha habido aquella tutela tan necesaria en los pueblos enfermos, aquella tutela de que habla Carlyle en sus *Héroes*, aquella tutela que es lícito exigir de los gobiernos y de la prensa rectores de la opinión...

LUIS MOROTE.

ADVERTENCIA

Descando no retrasar la salida de este número, y no habiendo llegado á tiempo la remesa de papel que especialmente fabricado para VIDA NUEVA esperábamos, nos vemos obligados á utilizar otro inferior. Desde el próximo número quedará remediada esta deficiencia, que no ha estado en nuestra mano evitar.

Cada vez que aquel tren se detenía y se abría alguna puerta, bajaba de él un herido, algún número, algún pedazo de carne enferma é inútil y despreciada por las balas y la muerte; y bajaba con la vista esperanzada, buscando los pulmones de la vida de su pueblo, é hundiéndose en los ojos, que volvía al recuerdo, los árboles de séjica sombra, y las piedras concoidas, y el musgoso campanario, y hasta los niños vocales, y las macetas de flores en el alto de las ventanas; cada vez que se abría alguna puerta, el herido que bajaba de aquel tren hallaba dos fuentes de lágrimas, y la pobre portezuela le parecía un momento las puertas del Paraíso, siendo umbral de corazones, teniendo por decorado el fondo del dulce sueño de un pobre rincón de patria; cada vez que el tren marchaba, dejaba allí, en el andén, una escena de calvario.

Y el tren continuaba andando, caminando ya allá, llevándose más heridos, dejando rastro de sangre y negras huellas de lágrimas; entrábase noche adentro vaciando la miseria que llevaba, poco á poco desprendiéndose de aquella carga terrible; corría ya desbocado y cada vez más ligero del peso que iba tirando, volaba desahogado, como huyendo de sí mismo, y con la angustia suprema de lanzar aquella carga que oprimía sus pulmones.

Ya casi no era hospital; ya la máquina empezaba á respirar libremente al verse libre de hombres, al no sentirse en su seno aquellos pobres despojos, cuando en el rincón oscuro del fondo de sus vagones sintióse un objeto raro, un bulto entre mantas, que ni veía, ni hablaba, ni buscaba ya su pueblo.

Era un muerto que iba á un nuevo mundo, un sér que no bajaría aunque pasaran mil pueblos, un muerto que entraba en un túnel con salida á la otra vida.

SANTIAGO RUSIÑOL.

La verdad pura y desnuda

Verdadero grito de dolor y de amor desinteresado á este pueblo, en medio de su cruel sinceridad y de su tristísima amargura, es el que lanza *El Crisol*, valeroso bisemanario de Sevilla—de Sevilla la flamenca, de Sevilla la torera, de Sevilla la *juerguista*!—en un artículo, todo miga, del cual copiamos los párrafos siguientes:

«No es bochornoso el que la estadística nos demuestra que hay un 80 por 100 de españoles que no saben leer ni escribir? ¿No sobraría para demostrar nuestro atraso el que se halla desierta la Escuela de Artes y Oficios mientras se abren tres escuelas taurinas? ¿Que nos falten mecánicos y nos sobren toreros? ¿Que los juristas se ocupen de discutir en la prensa acerca de la antigüedad de las alternativas y no se molesten en estudiar las reformas de las leyes? Y, por último, aquí mismo, hace pocos días ¿no hemos visto un populacho bestial reírse, mofarse, apedrear, zaherir y robar á un infeliz que atorado de pánico veía consumida por las llamas su barraca y espantadas, dispensas ó muertas á palos las inofensivas amastreadas bestezuelas con que se ganaba el pan? Aunque nos cueste dolor confesarlo, todo eso demuestra que la nación tiene conciencia de que ha sonado su hora en el reloj de los tiempos y piensa aprovechar los instantes de vida que le quedan arrojándose con las emociones de las lidias taurinas, de los jolgorios y fiestas.»

No vamos tan lejos como el estimable colega; porque cremos que España se puede renovar.

Pero, ¡qué terrible renovación, si la eficacia de ésta ha de corresponder á la abyección en que se revuelca la España que se va, la que está desahuciada ya por la mayor y mejor parte de los españoles!

Del propio bisemanario, y para rematar la suerte, aunque este terminacho taurino no le agrade, copiamos otros pormenores edificantísimos:

«A ver lo que ocurre en Sevilla.

En los mismos días en que se recibían detalles de la horrosa catástrofe nacional ocurrida en Santiago de Cuba, en que nos anunciaban que los acorazados yanquis, ya que no por conquistar la Península, por alreantarse con su triunfo, se acercan á las costas andaluzas, en la calle principal de la ciudad se abre un Circulo Taurino! en cuya instalación se luce un lujo soberbio, aunque chocarero y de mal gusto. En este «Circulo», si no es, como algunos maliciosos suponen, una tapadera para otros fines, se hablará de la estocada del Sapo ó del Cagarruta; se discutirá acerca del número de cornadas que recibió éste ó aquel diestro, mientras

en las columnas de los diarios oficiales se publican interminables listas de las desgraciadas víctimas de la guerra.»

Ojalá *El Crisol* como le dé la gana á los adoradores del arte del Sapo y el Cagarruta, pero lo cierto es que el colega se arranca en corto, por derecho y llega con la mano al morrillo... del buen aficionado.

Consulta pública

HABLEN LOS NÚMEROS

Al Sr. M. en VIDA NUEVA.

Estando cerradas las Cortes, como si estuviesen abiertas, únicamente la prensa puede servir á la opinión pública de medio de expresión. Esta es una verdad incontestable, con la cual quiero rectificar el primer concepto del artículo «Hable el Gobierno, Hable la Marina», que, firmado por M., se ha publicado en el número 5 de este periódico.

Sin intención de molestar al Sr. M., y sólo por amor á la justicia, voy á contestar en los términos más lacónicos posibles á las varias preguntas que hace en su artículo, así como también procuraré desvanecer las terribles dudas que tanto le mortifican, y que yo no he tenido ni por un momento, á pesar de ser en la materia de que tratamos tan profano como dicho señor.

Primero rectificaré el concepto de que en Cavite y Santiago se ha consumado la ruina de nuestro poder colonial. La pérdida de nuestras colonias se debe, por lo que á las Antillas se refiere, á la política de absorción seguida por los Estados Unidos desde que se emanciparon, á cuya política hemos ayudado maravillosamente con nuestra desdichada administración colonial, y después que estalló la rebelión, con nuestro espíritu quiétesco é intransigente. En cuanto á Filipinas, las mismas circunstancias de nuestra parte, la misma importancia de la colonia y los trabajos de los yanquis han contribuido á que hoy se encuentre casi perdida para nosotros. Quizás si Montojo hubiese realizado el milagro de vencer á Dewey, no habría estallado tan pronto y tan formidablemente esta anera insurrección; pero tengo el convencimiento de que poco se hubiera hecho esperar si nuestros Gobiernos no cambiaban inmediata y radicalmente de sistema, cosa bastante difícil para ellos.

Pasado ahora á explicar los desastres de Cavite y de Santiago, poco me extenderé en la explicación del primero, pues á raíz del mismo publicó el distinguido general de la Armada Sr. Lazaga un artículo tan nutrido de datos y tan sobrado de lógica, que sólo cerrando los ojos á la evidencia puede á nadie extrañar el resultado de aquella triste jornada.

La flota de Montojo se componía de los cruceros protegidos *Isla de Cuba* é *Isla de Luzón*, de 1.045 toneladas; del crucero no protegido *Reina Cristina*, de 3.520, y el crucero también sin protección *Don Antonio de Ulloa*, de 1.160 toneladas. Con estos cuatro importantes navíos, y los pontones sin calderas y sin la mitad de la artillería, *Castilla*, *Austria*, *Elcano* y *Lezo*, estos dos últimos de poco más de 500 toneladas, tuvo que hacer frente á la escuadra enemiga, con todos los barcos protegidos y algunos de ellos, como el *Olimpia* y el *Entimora*, tan formidables que con los 8 cañones de 20 cm. de que disponían y su superior andar, tenían, á juicio de los técnicos, elementos sobrados para ir incendiando y echando á pique impunemente las excelentes bahuchas morunas de que disponía Montojo.

A pesar de tan grandes ventajas, tuvieron una porción de bajas que ocultaron cuidadosamente, como tienen por costumbre, y tampoco mencionaron las averías que sufrieron. En cambio, se hicieron lenguas alabando el heroísmo y abnegación de nuestros marinos, con lo cual anticipaban una lección á muchos patriotas de por acá, que no se explican satisfactoriamente la desproporción en las bajas.

Pasado ahora á la catástrofe de Santiago, sólo expongo á la consideración del articulista que los yanquis contaban, además de 15 cruceros de todas clases, con cinco acorazados y dos cruceros acorazados, que reunían entre los siete barcos 18 cañones de 30,5 é 33 cm., 46 cañones de 20 cm., 16 de 15 y 30 y 12 cm.; y de pequeños calibres y ametralladoras, la friolera de 192 piezas; todo esto sin incluir la artillería de los 15 cruceros.

Para combatir con esta escuadra disponían nuestros marinos, no de cuatro acorazados formidables administrativamente *artillados y protegidos*, como los llama el articulista, sino simplemente de cuatro cruceros protegidos, acorazados solamente en la línea de flotación y torres, á excepción del *Colón*, cuya coraza protegía mayor superficie que la de los otros. *El admirable artillado* reducíase á seis cañones de 28 cm., para contestar edignamente á los 18 de 30 y 33 y á los 46 de 20. También tenían 46 cañones de 14, 13 y 12

para los 46 de 15, 12 y 10 del enemigo; pero si de éstos ni de los 82 de pequeños calibres contamos 112 de la misma clase hay que hacer caso de que el enemigo pretendía combatir, sino simplemente destruir nuestra división naval, y para esto servían con hacer uso de los cañones grandes.

Ante la lógica abrumadora de los números, ¿qué insistir más? ¿Hay quien se atreva á extrañarse del resultado, ni cabe hacer comparaciones entre los combates de Lepanto y Trafalgar, que las catástrofes de Cavite y Santiago? En aquellos hubo lucha porque podía haberla, pues las fuerzas de los contendientes estaban casi equilibradas: en el primero triunfamos, y en el segundo nos derrotaron por causas de todos conocidos. En Cavite y Santiago no hubo combate porque no pudo haberlo dada la inmensa desproporción en las fuerzas, desproporción que no pudo contrabalancearse como en otros tiempos con prodigios de valor y rasgos de audacia. Con la artillería moderna el vigor es hoy un factor de poca importancia, particularmente en combates navales.

Hay que reconocer en el articulista buena fe, pues que no exime de culpa á los Gobiernos. Pero ni aun así coincidimos, pues si bien atribuye parte de la responsabilidad á los hombres que nos han gobernado durante veinte años, á mi juicio, les corre, y de toda, y todos los cargos me parecen y pesan, á quienes como digno remate á una serie no interrumpida de torpezas é imprevisiones, nos ofrecen la de haber mandado salir la escuadra casi sin municiones y llevando sin duda carbón de la peor especie, con lo cual inutilizaron el factor velocidad, único al que podían haber confiado su salvación.—C. M.

Sres. Redactores de VIDA NUEVA.

Muy señores míos y de mi mayor consideración: El Sr. Alcalde del Ayuntamiento de esta corte ha dictado una orden suprimiendo las verbenas, recogido de las clases menos acomodadas, atendiendo á que en estos días de luto para la patria, debemos todos abstrair nuestra imaginación para consagrarnos á meditar las desgracias que nos afligen.

La prensa ha aplaudido con entusiasmo esa medida, que yo, pobre menestral, considero inhumana, porque con un jornal de dos pesetas no puedo divertirme en los jardines del Retiro, ni en los frontones, ni en la plaza de toros, ni en los teatros, ni puedo ir á vernear y á gastar unos cuantos billetes en los circulos. La autoridad municipal de Madrid estima, sin duda, que los pobres debemos lamentar dentro del hogar las desdichas de la patria, dejando á las clases acomodadas las mismas distracciones que disfrutan en días de paz y de sosiego.

A ustedes que saben poner los puntos sobre las íes encomiendo la defensa de esta idea y por ello le anticipo las gracias.—Uno de Daimiel.
23 de Julio de 1898.

Artículos recibidos

Son tantos los artículos que de todas partes se reciben en esta Redacción, que sería imposible publicarlos aunque el tamaño de VIDA NUEVA fuese doble del que ahora tiene.

En la imposibilidad, pues, de insertarlos, como desearíamos, en nuestro semanario, nos limitaremos á dar breve nota de su contenido.

Por el pueblo (dos artículos).—José Jiménez Romero.—Exposición razonada de oportunas reformas para mejorar las condiciones de vida física, intelectual y moral del pueblo.

Tengamos juicio, Sr. Sagasta.—U. V. A.—Se pide nada menos á Sagasta que ponga sus ojos en los hechos y no en las palabras, aunque sea á costa de grandes sacrificios.

Vida Nueva.—B. A. M.—En este final de siglo abunda la corrupción, la maldad y el egoísmo. Quiera Dios que al comenzar el siglo xx pueda decirse «siglo nuevo, vida nueva.»

Indiferencia que hiera. Rannida.—Empieza el artículo con las siguientes palabras: «Este gobierno, horrible, hipócrita, estúpido...» Calcúlese cómo acabará.

De la paz. Delio Ceclué.—Abogase por la guerra, con razones que no carecen de fundamento.

Una contestación. Un admirador de VIDA NUEVA.—Se hace el diagnóstico de la enfermedad (aplazamiento) que padece España y se señala como medicina «un baño general de humeante sangre española.»

El Sr. Alcalde Constitucional.—Bachiller F. de

Villafranca.—Artículo muy sensato, en forma de cuento, en el que se demuestra que «á quien Dios quiere mal le hace alcalde constitucional.» El autor conoce bien el engranaje político-administrativo en España.

Carta abierta.—Pío Graco.—Se expresa en este bien escrito trabajo el deseo de que Viva Nueva no tienda solamente á regenerar la condición del hombre trabajador sino á dignificar á la mujer.

Carta al Director de VIDA NUEVA.—Un industrial.—Sostiene el autor que es necesario reformarlo todo radicalmente, pero con mayor interés las clases directoras, porque de ellas procede el origen del mal á causa de la eficacia del ejemplo.

Juan Luis.—Cuento patriótico, sin marcha de Cádiz.

Oropel.—Mariano Aramburo Manchado.—Todo es convencional. Artículo bien pensado, pero largo.

Un nuevo partido.—Fernando de Antquera.—Aboga por la formación de un nuevo partido... ¡Otro!

El oráculo de la casa.—Un mozalvete.—Artículo satírico contra esos sabios que pasan por tales á fuerza de callar.

¿Dónde está la patria?—Mateo Urrea.—Pide la paz en nombre de las madres.

Carta al Director de VIDA NUEVA.—Sin firma.—Propone este señor que en cuatro años se haga una flota de guerra compuesta de 90 barcos, 12 de ellos acorazados de 10.000 toneladas. Demasiados acorazados nos parecen.

El botón que quieren.—F. S.—Por qué los retrógrados piden la guerra.

Efemérides del 19 de Junio.—Gregorio Barragón.—Interesantes, pero no para VIDA NUEVA.

Cartas al Director de VIDA NUEVA.—José Pérez Casas.—Opiniones muy atendibles sobre la enseñanza.

Carta á D. Eusebio Blasco.—Antonio de Aquino, catedrático de Toledo.—Ensalza al Sr. Blasco por su iniciativa á favor de VIDA NUEVA y ensalza el vigor y energía de la gente aragonesa.

Carta al Director de VIDA NUEVA.—José Vidal Fernández Seino.—Diez cuartillas anti-clericales.

Cataluña.—Antonio Julia Tolrá.—Artículo muy interesante y bien escrito, defendiendo con brío é inteligencia los intereses de Cataluña.

Los socialistas y los republicanos

Grandes simpatías y al mismo tiempo grandes recelos despertian en nosotros los obreros congregados bajo la dirección de Pablo Iglesias.

Las simpatías nacen de que obreros nosotros como ellos, en el sentido amplio de la palabra, nos interesan sus esfuerzos por mejorar de condición, en cuanto su prosperidad ayudará á la nuestra. Y, á la vez, porque razones naturales de toda índole, entre las cuales puede figurar en primera línea la afinidad de nuestros principios con los suyos, nos obligan á tener muy en cuenta sus necesidades, sus energías y sus luchas.

Tan cierto es ésto, que sin forma republicana, donde en virtud de su número impongan su criterio, jamás obtendrán una sola reforma los socialistas; y sin procurar en beneficio de las clases trabajadoras cuanto pueda conceder nuestro régimen, poco tiempo habrá de durar la futura República.

Pero si todo ésto es indudable, como á juicio nuestro nos parece, es verdaderamente sensible la enemiga aparente que hoy existe entre socialistas y republicanos, como infuencada es, para ambas agrupaciones, la separación de sus esfuerzos.

¿Qué quieren los obreros agrupados en torno de Pablo Iglesias? Si son lógicos y conocen la ciencia social que debe informar su programa, deben pretender para un plazo más ó menos breve, gradualmente, á juicio nuestro, una transformación completa en la organización económica y política de las actuales nacionalidades.

Querrán: la equiparación en derechos y deberes con todas las otras clases sociales; protección á la mujer y los niños; educación integral para todos; protección á toda clase de trabajo; regularización, con arreglo á la moral, de los contratos que á ellos interesan; amplia libertad de asociación para toda clase de fines lícitos; impuestos progresivos sobre todas las transmisiones de bienes, con particularidad sobre la que origina la herencia, sin perjuicio de solicitar la abolición de este derecho cuando otras concesiones hayan preparado el camino á esta reforma; gravámenes sobre la riqueza improductiva, así como fuertes impuestos sobre el uso de objetos suntuarios; libre entrada de todas las primeras materias cuyas sucesivas elaboraciones promuevan industrias nacionales; primas que fomenten el desarrollo de la producción y la baratura para el consumo; absoluta libertad de comercio entre todas las naciones sobre aquellas materias indispensables para la alimentación humana; justicia gratuita y responsable; rebajas de los impuestos que gravan el escaso caudal de los humildes, llegando á un mínimo de capital libre por completo de toda pesadumbre, compensadas con progresivos aumentos para los poderosos... etc., si es que quieren más todavía.

¿Y para estas pretensiones les es indiferente la organización política del Estado? ¿Qué inocentes!

Jamás conseguirán una sola reforma de la Monarquía.

Necesita esta forma de gobierno del apoyo de una aristocracia, que para no morir requiere privilegios y caudales fabulosos, condiciones gravasas al obrero.

Para apoyo de su vez necesita también férreas columnas, cuya formación quita brazos al trabajo y cuyo poder contiene las aspiraciones socialistas.

Y, por último, dando de lado otras muchas consideraciones de menor importancia, las exigencias lógicas de una grandera pretendidamente divinohumana, unidas á todas las que á veces los vicios de los hombres originan, requieren millonarios que den y presten para soportar tamañas cargas; y esta acumulación de riqueza, las más de las veces improductiva, para el movimiento que promueve trabajo es un obstáculo.

Es decir, que les es indispensable á los obreros el régimen republicano. Que quienes les digan lo contrario les engañan. Y que su apartamiento, su enemiga y la separación de sus esfuerzos de los nuestros retrasan indefinidamente el triunfo de sus ideales.

A. AGUILERA Y ARJONA.

Santander, Julio de 1898.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

- Aldar.—R. C.—Queda suscrito.
- Almendra.—M. M.—Complacido.
- Saa.—F. M.—Idem.
- Hellin.—J. S.—No se le enviaron los números porque esperaba suscribirse. Complacido también.
- Puerto de Santa María.—J. C.—Servido el pedido.
- Itaneta.—C. P.—Suscrito.
- Málaga.—G. R.—Servido.
- San Vicente de Alcántara.—R. E.—Suscrito.
- Ojón.—C. D.—Hecho aumento.
- Alcañiz.—E. G. I.—Suscrito.
- Ribera.—L. D.—Hechos los dos suscripciones.
- Catagena.—A. V.—Hecho aumento.
- Hercas.—R. y B.—Se le hace envío desde el número anterior.
- Almería.—F. S. G.—Agradecidos á lo que dice en su carta.
- Seña.—I. M. L.—Servido pedido.
- Catagena.—S. G.—Recibido importe. Conforme.
- Geryal.—C. M.—Agradecemos su interés.
- Peñaranda.—S. S.—Conforme con lo que pide.
- Almendra.—M. M.—Queda suscrito.
- Constantina.—E. L.—Conforme.
- Andájar.—C. F.—Servido pedido.
- Valencia.—M. M.—Servido aumento del pedido.
- Aguilar.—A. E.—Servido pedido.

Los Sres. Corresponsales que reclaman á esta Administración, por haber recibido menos números de los que habían pedido, se servirán enviar la etiqueta de la falta, sin cuyo requisito no serán atendidas las reclamaciones.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 20.

Para la venta y publicidad en París dirigirse al BOULEVARD BEAUMARCHAIS, núm. 5

VIDA NUEVA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACTORES

Blasco (Eusebio), Blasco Ibáñez (Vicente), Cavia (Mariano), Fernández Villegas (Zeda) (Francisco), Jurado de la Parra (José), Lluira (Enrique), Nakens (José), Paris (Luis), Pérez Galdós (Benito), Pérez (Dionisio) (Dr. Tirlea fuera), Picón (Jacinto O.), Sellés (Eugenio), Soriano (Rodrigo), Verdes Montenegro (José).

COLABORADORES

Aguilera y Arjona (Alberto), Alas (Leopoldo), Alcázar de Zafra (Joaquín), Alcala (Pablo), Arnedo (Luis) (Luigi), Arpe (Celestino), Arpe (C. J.), Aza (Vital), Barrantes (Pedro), Beruete (Aureliano), Blasco (Ricardo), Bueno (Manuel), Cabezon (Eustaquio), Cadena (José Juan), Calderón (Alfredo), Campión (Arturo), Canals (Salvador), Carmona y Millán (Luis), Carracedo (José), Castelar (Emilio), Catarineu (Ricardo), Colorado (Vicente), Corredo (Emilio), Costa (Joaquín), Costada (Alejandro), Cuellar (José), Dicenta (Joaquín), Dorado (Pedro), Echeagaray (José), Echeagaray (Miguel), Feijóo (Alfredo), Fernández Shaw (Carlos), Ferrat (Emilio), Franco Rodríguez (José), Fuente (Ricardo), Fuente (Ricardo), Gabaldón (Luis), Gener (Pompeyo), Gil (Ricardo), Gil (Rodolfo), Gómez Baquero (Eduardo), González Berrano (Urbano), Herrero (José J.), Icaza (Francisco), Iglesias (J.), Iglesias (Pablo), Iglesias (Santiago), Jordá (J. de), Laserna (José), Limonchoux (Félix), López Silva (José), López del Castillo (José), Luatón (Eduardo), Maestro (Tomás), Maesta (Ramiro), Maragall (J.), Melero Betegón (Enrique), Méndez (Félix), Méndez Pelayo (Marcelino), Miranda (David), Morote (Luis), Moya (Miguel), Multedo (Manuel), Navarro Ledesma (Francisco), Núñez de Arce (Gaspar), Ortega Manilla (José), Palacio (Manuel del), Peres (Ramón de), Pérez (Dionisio), Pérez (Dario), Pérez Llorca (J.), Pérez y González (Felipe), Pérez Rojas (Sixto), Prieto Mora (Francisco), Ramos Carrón (Miguel), Reina (Manuel), Ribagorza (Conde de), Roura (José de), Royo y Villanova (Luis), Royo Villanova (Ricardo), Segura (Salvador), Rusiñol (Santiago), Sabau (Pedro), Sala (Emilio), Salillas (Rafael), Sánchez Guerra (José), Sarda (Joaquín), Serrano de la Pedrosa (Francisco), Solsona (Conrado), Soria (Arturo), Stor (Angel), Torán (Luis), Thebussem (Doctor), Torrijos (Antonio), Unamuno (Miguel), Urales (Federico), Utrillo (Miguel), Valera (Juan), Varela Díaz (Aurelio), Vega (Ricardo de la), Verdégay (Eduardo), Vicentó (Alfredo), Vimalza (L.), Zahonero (José), Zamacois (Eduardo).

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Extranjero (Unión Postal), año.	10	francos.
En Madrid y provincias, trimestre.	1,50	pesetas.
Mano de 25 ejemplares.	1,50	»
Número atrasado.	0,25	»

PAGOS ANTICIPADOS

Número suelto, 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SAN AGUSTÍN, 10

ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

Admitimos en esta sección anuncios telegráficos á los siguientes precios, por cada inserción y sin ningún género de descuentos:

Por un anuncio de una ó 15 palabras, una peseta. Por cada palabra más, veinte céntimos. Las abreviaturas se cuentan como una palabra, y toda cantidad numérica que exceda de cinco cifras, por dos palabras.

Al importe de cada anuncio deberá añadirse 10 céntimos de peseta por el impuesto del Estado.

Los que quieran publicar en VIDA NUEVA un anuncio telegráfico remitirán el texto á la Administración, San Agustín, 10, acompañando su importe en metálico, sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro con ocho días de anticipación á la fecha en que deba ser publicado.

N. B. Esta clase de anuncios es la más semanal de España

Vida Nueva

tira semanalmente 40.000 ejemplares.

EL MEDIO SOCIAL

LA PERFECTIBILIDAD DE LA SALUD

POR EL DOCTOR.

D. ENRIQUE LLURIA Y DESPAU

PRIMERA PARTE

Forma un volumen de 190 páginas, en que se expone con gran claridad y acierto tan importante doctrina. Se vende en las principales librerías al precio de 2,50 pesetas, y á los suscriptores de VIDA NUEVA, pidiéndola á la Administración, se sirve con un 25 por 100 de rebaja.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

(45 FOLLETOS)

Cada folleto 15 céntimos. Para los lectores de VIDA NUEVA, 10. Se venden sueltos.

La colección completa á provincias, franca de porte y certificado, 5 pesetas. Los pedidos á D. Pedro Mayoral, calle de Ruiz, 4, bajo Madrid.

GRAND HOTEL

Calle de San Vicente, esquina á la plaza de la Reina (VALENCIA)

Este elegante y confortable establecimiento es continuación de la Fonda de España y está dirigido por M. José Calzabou, antiguo gerente de la citada fonda.

A pesar de las circunstancias anormales por que atraviesa el país, en el Grand Hotel rigen los mismos precios que regían en el de España.

La agencia «Foreign Press Office»

se encarga gratis de la compra de mercancías de Francia; representación y referencias en toda clase de asuntos financieros, litigiosos ú otros. Escribir al Director

Boulevard Beaumarchais, 5, PARIS

DESTILERÍA Á VAPOR

PARA LA

FABRICACIÓN DE COGNACS, ANISADOS, GINEBRA

Y LICORES DE TODAS CLASES

GRANDES BODEGAS

DE

ADOLFO DE TORRES Y HERMANO

MÁLAGA

Exportadores en GRAN ESCALA de pasas, bigos, limones, uvas y toda clase de frutos secos y verdes del país

SUCURSAL EN MANZANARES (PROVINCIA DE CIUDAD REAL)

FÁBRICA DE ALCOHOLES VINÍCOLOS LLAMADA

LA PERSEVERANCIA

CALLE DE LAS MONJAS

HABLA IBSEN

Ibsen acaba de cumplir 70 años. Es de los poetas que llegan a viejos. Milton, Víctor-Hugo, Hartzenschuch, Campoamor...

El mundo se ha empeñado en que Ibsen es noruego. Es de origen escocés, de una familia de marinos y dinamarqueses de nacimiento, porque nació en Skjagen, pueblo de 1.000 habitantes, en Dinamarca.

Su juventud fué obscura, su lucha por la vida rabiosa, su suerte rematada. Tardó muchos años en darse a conocer y se le agrió el carácter. Aun hoy es el mismo hombre aislado, solitario, poniendo mal gesto á la humanidad y á la vida.

Se casó joven y le tocó una de esas mujeres que amargan la existencia; como la mujer de Shakespeare, ó la de Molière ó la de Kléber. Es muy difícil que el artista, el hombre de letras ó el sabio, encuentren la suya.

Setenta años, y siempre insociable. Una cabeza de santo; una barba blanca y erizada como los cabellos; una cara de lobo de mar. En Christiania, donde reside, se le ve entrar todas las noches en el Gran Café, pedir los periódicos y leerlos, con un bot de cerveza en una mano y un vaso de aguardiente en la otra. Como algún periodista se le acerque, le envía noramala. Es brutal en la forma, idealista en sus libros. Detesta las entrevistas, y solamente un periodista inglés llamado Sherard, ha llegado á obtener una larga conversación con el grande hombre. Los ingleses se meten en todas partes y lo cogen todo. De ella extractamos algunos párrafos interesantes y, especialmente, los únicos para poder apreciar la opinión de Ibsen, sobre varias cosas que interesan á las mujeres.

—¿Qué viene usted á preguntarme? exclamó Ibsen con su acostumbrada rudeza; ¿si veremos en un porvenir próximo la emancipación de la mujer? Han de pasar algunos siglos hasta eso. Será el resultado de un crecimiento gradual de la fuerza física de las mujeres, combinado con el del poder civil, de la fortuna, etc. No vaya usted á creer que eso lo resuelvan cuatro individualidades femeninas chifladas.

—¿De modo que usted cree que las mujeres deberían ser admitidas á tomar parte en los poderes públicos?

—Yo no he dicho nunca tal cosa! Digo que ganarán el poder civil y llegarán á igualarse en poder con el hombre. ¿No lo han hecho ya en ciertas comarcas de Norte-América? Poco á poco acabarán las restricciones concernientes á la posesión de la fortuna por las mujeres, y entonces se encontrarán investidas de medios de defender su propiedad. Falta saber si querrán ejercer el poder político, ser electoras...

—¿Luego cree usted en el mejoramiento de su condición social?

—Sin duda ninguna; pero tan gradual como el que se ha realizado desde el Concilio de Trento acá. Las mujeres tienden cada vez más á ser compañeras de los hombres.

—¿Cree usted que la condición económica de la mujer mejorará también?

—En proporción del mejoramiento general de las condiciones económicas en Europa, si es que llega, que lo dudo mucho. Por lo que leo en periódicos y revistas, veo que el Oriente nos hará pronto una competencia terrible. Se permitirá á las mujeres luchar libremente con los hombres en todos los ramos del trabajo, pero mientras sean físicamente más débiles que el hombre, llevarán siempre desventaja. La mujer no puede nunca dejar de ser mujer, es decir, débil. Hasta que las leyes europeas no fijen el minimum de salario, las mujeres no lograrán nada. Hoy se les pide hacer el mismo trabajo que el hombre y se les paga la mitad. Los hombres serán los que remediarán esta injusticia, antes de que las mujeres puedan hacerlo.

Interrogado Ibsen sobre las traducciones de sus obras en Francia, le dijo al periodista inglés: —Los franceses no saben traducir y no han entendido ni el fondo ni el espíritu de mis obras!

Como Ibsen habla tan poco con la gente y menos con la prensa, nos ha parecido oportuno dar á conocer sus últimas opiniones al público culto español que tanto admira al escritor danés.

Tal vez aquí le entendemos mejor que en otros países, porque en nuestro carácter español hay una constante tendencia al ideal, que es el culto del autor, tan distante del mundo y en todo él tan famoso.

EUSEBIO BLASCO.

Los Socialistas

Lo que dicen las cifras

Los escépticos, los que observan mal los fenómenos sociales y los petulantes suelen afirmar que hoy todo decae y que no hay quien pelee por grandes ideales.

¿No es un ideal hermoso la abolición de la esclavitud económica, la emancipación humana?

Pues ese ideal, que constituye la aspiración suprema del Socialismo, no sólo tiene ardientes defensores, sino que su número crece considerablemente en todos los pueblos.

Para demostrarlo nos bastará indicar los votos obtenidos por los socialistas en las elecciones legislativas hechas este año en España, Dinamarca, Francia, Bélgica y Alemania, y relacionarlos con los que anteriormente han alcanzado en los mismos países.

Hélos aquí:

Table with 2 columns: Country and Votes. Spain: 1891 (5,000), 1893 (7,000), 1896 (14,000), 1898 (20,000).

Table with 2 columns: Country and Votes. Denmark: 1893 (24,019), 1898 (31,878).

Table with 2 columns: Country and Votes. France: 1893 (665,938), 1898 (940,680).

Table with 2 columns: Country and Votes. Belgium: 1894 (334,500), 1896-1898 (634,324).

Table with 2 columns: Country and Votes. Germany: 1893 (1,788,738), 1898 (2,125,000).

Y lo mismo que aumentan las fuerzas socialistas en los cinco países citados, aumentan en Italia (Turín acaba de elegir diputado al insigne escritor Edmundo de Amicis), Suiza, Inglaterra, Austria, Holanda, Estados-Unidos y demás naciones donde existe el salariado.

Decae, sí, lo que dentro de poco morirá, no sólo por inútil, sino también por dañoso—el régimen capitalista—; pero viven y acrecen continuamente los elementos que han de crear, sobre la base de la armonía de los intereses, la nueva sociedad.

PABLO IGLESIAS.

PASA Y VUELVE

Cuando noté iniciarse tu desvío, senti penas tan bonitas, tan extrañas, como si me arrancasen las entrañas donde tu amor guardaba con el mío.

Hoy que, creyente, en tu lealtad confío, que sé que no me queres ni me engañas, depongo mis dolores y mis sañas, y vuelvo á ti como á su cauce el río.

Vuelvo á ti, porque tú me has enseñado el dolor y el placer, porque tú eres por quien más he sufrido y he gozado. ¿Que estoy lejos de tí? ¿Que no me queres? ¡Y qué importa, si lejos de tu lado yo te amo, en el amor á otras mujeres!

J. JURADO DE LA PARRA.

Decálogo patriótico

- 1.º Amarás á Dios sobre todas las cosas, pero de corazón y no de boquilla. Te fiarás de la Virgen y correrás. 2.º Volverás la espalda á quien oyeres blasfemar, porque no ganarás nada con el trato de personas mal educadas. 3.º Santificarás las fiestas, pero en los demás días del año te ganarás el pan con el sudor de tu rostro, teniendo en cuenta que no todos los días han de ser fiestas. 4.º Honrarás la autoridad y la ley, que serán para ti como el padre y la madre. No hablarás mal del Gobierno por sistema y el Gobierno por sistema no te considerará como menor de edad. Cumplirás tu deber, sin preocuparte de si lo hace tu vecino. No inventarás ningún medio, por ingenuo que sea, para burlar la ley en favor de tus yernos, sobrinos y amigos. Rasgarás las tarjetas de recomendación y devolverás á su...

(1) En 1896 se renovó la mitad del Parlamento, y en 1898 la otra mitad.

procedencia las cajitas de habanos. No comprarás ningún número de ningún periódico patriótico, en épocas de agitación, aunque no te cueste más que cinco céntimos, para evitar el contrasentido de que mientras la patria se desangra y se hunde en el abismo de la miseria, hagan su agosto algunas empresas periodísticas. No serás burro de renta, dejándote llevar por la corriente, por impetuosa que sea. No darás la razón al más fuerte, ni al que más chille, ni al pejor que mejor cante, porque casi nunca la tienen. No asistirás á ninguna corrida de toros para que tus hijos no se escandalicen de ver como hombres con barbas se divierten en silbar la policía y hacer bailar la autoridad; para que no se familiaricen con espectáculos sangrientos y repugnantes que cufien el estómago y el corazón; para que no aprendan á sentirse valientes, desde la barrera; para que no adquieran instintos flamencos y para que no se acostumbren á sentir el sonoro y varonil idioma astellano con un cáli monótono y aflamandado.

5.º No matarás á tus hermanos en sangrientas guerras civiles. No te ejercitarás de niño, en las pedreas de moros contra cristianos, ni de joven en ayalar á tu contrincante con argumentos contundentes, ni de hombre en escupir por colmillo, poniéndote á matar á tu amigo por un quitame allá esas pajas, ni estrujarás á tu vecino para llegar antes á la taquilla del teatro. Al enemigo, lo respetarás antes de la lucha; lo vencerás en noble lid y lo levantarás después de vencido. No soñarás con ser potentado de primer orden, consumiendo la mayor parte de tus recursos en el ejército y la marina. Harás un auto de fe de las novelas caballerescas y volverás á leer el Quijote de Cervantes hasta que te lo aprendas de memoria.

6.º No ofenderás el pudor de la mujer, recordando que es el retrato de tu madre, de tu esposa, de tu hermana ó de tu hija. Contra las miradas de fuego y el canto de las sirenas, en el clima cálido de España, no tienes más defensa que huir, como del peor de tus enemigos, ateniéndote al refrán de «El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla.» Quemarás las novelas y retratos pornográficos y no asistirás á ningún espectáculo cuyo mérito principal consista en chistes de mal gusto y en la exposición de pantorrillas al aire libre.

7.º No hurtarás al Estado, ni á la provincia, ni al Municipio, porque has de saber que es más criminal que el robo en cuadrilla y en despoblado, porque no exposes el pellejo y robas á tus padres, á tus hijos, á tus parientes y á tus amigos; por más que el robo se disfraza con las palabras, irregularidad, filtración y distracción que hay que resituir al Diccionario en su sentido recto. No serás contrabandista, ni matutero, aunque los guardas y vistas sean ciegos.

8.º No levantarás falsos testimonios, ni mentirás, diciéndole á un león, perrita; á una mujer fea, elegante; á una vieja, simpática; á un hombre ladrón, listo, y á un maquiavélico, discreto. No murmurarás de tu vecino, ni te meterás en vidas ajenas, pues bastante tendrás que hacer en tu casa y al que te venga dando incienso, le tirarás el incensario por la cabeza, porque ese es tu tuncante que te está tomando el pelo.

9.º No desearás la mujer de tu prójimo, como fruta del cercado ajeno, pues bastante tendrás que hacer con la tuya.

10.º No codiciarás los bienes ajenos, birlándoselos en el juego. No jugarás á la Lotería nacional, ni aun en Navidad, porque es la madre de todas las loterías y de todos los juegos y de todos los vicios. No darás ni recibirás propinas, ni tomarás localidad á los reverendos, pues la propina es un resto del feudalismo que denigra al que la da y al que la recibe y no estarás tan sobrado para tirar el dinero. No soñarás con vivir del presupuesto, porque la vaca no puede tener tantas tetas, sino en mejorar tu posición por el trabajo y la economía. Serás caritativo de veras, sustituyendo en tu corazón el refrán egoísta y falso de «La caridad bien ordenada empieza por sí mismo» por el principio caritativo y cristiano de «El egoísmo bien entendido empieza por dar á los demás» y de paso, como quien no hace nada, resolverás el pavoroso problema de la cuestión social.

Estos diez mandatos, que encierran en dos: Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo y á la patria como á sí mismo.

ESCALAS.

¡OH, PATRIA!

En todos tiempos y naciones las catástrofes nacionales sirvieron para que los excelentes poetas arrancaran de su lira tristes ayes ó arrebatados gritos de indignación.

Manzoni y Leopardi en Italia, Quintana, Tassara y Espronceda en España, Hugo en Francia, sintiéndose poseídos de fervor patrio, escribieron sus mejores composiciones en días de luto.

Hasta en la poesía, una de las plagas nacionales, se nota nuestra decadencia. Para llorar á España, ya lo ven nuestros lectores, hemos de pedir prestados á Espronceda y Leopardi sus magníficos versos y publicarlos en la sección de Letras pasadas de moda.

Nuestros grandes poetas, amenerados ó reblandecidos, se contentan con lluchar versos ó forjarlos en el débil yunque de las mesas de despacho de los Ministerios.

La poesía amenerada y pocha no sirve para momentos de grandeza patriótica. En tiempos de desdichas, tan sólo ciegos, cantaores y metrificas han cantado en plazuelas y tablados. Venga la poesía verdad, hipotecada hoy en los Bancos Hipotecarios.

—¿Será obra de mucho costo?—preguntó mi tía muy emocionada.

—No lo sé. ¿Ni qué importa lo que cueste? Cara ó barata, sería obra de grandísima misericordia. ¡Nuestro pobre iglesia sin campanas! ¡Sirviéndonos solamente de una esquila mal montada en un ventanuco de la sacristía! Los días de grandes solemnidades, cuando todas las iglesias echan sus campanas á vuelo, regocijando el corazón de los fieles, nosotros no podemos tomar parte en ese alegre concierto en honor del Altísimo. ¡Y si supieras que muchos pecadores desencarriados han sentido una profunda contrición al escuchar una campana que llamaba á misa, que tocaba el Ángelus... Y nosotros, pobres de nosotros, sin poder ofrecer al Señor estos espirituales beneficios, por no tener una torre, por no tener campanas...

El padre Jimeno suspendió sus lamentaciones y á través de las rejillas del confesonario miró á mi tía, escuchando el curso de sus pensamientos.

La buena señora estaba á punto de deshacerse en lágrimas. La sequía resquebrajaba aquel año la endeble tierra y amenazaba tragarse la cosecha; los ganados, sin pastos, enflaquecían y la muerte comenzaba á diezmar las manadas de toros y de yeguas; la viña estaba amarillenta y corrodida por un parásito no conocido; el olivar dejaba caer al suelo su fruto verde mordido por gusanos. Parecía que el halito de Satanás había pasado por los campos, esterilizándolos. Su administrador le había advertido que era necesario poner coto á tantas castigativas dilapidaciones si no quería llegar á punto de pedir limosna. Pero, ¿todo ello no sería, acaso, castigo del cielo porque los jesuitas no tenían torre en su iglesia y campanas en su torre?

—Me voy muy triste—continuó el padre Jimeno.—No sé dónde me envían, pero donde quiera que vaya, recordaré siempre que en esta pobre residencia no podrán doblar pidiendo á Dios misericordia por el alma de algún bienhechor nuestro, que haya abandonado esta vida...

El padre Jimeno, se separó de la ventanilla donde estaba apoyado, se irguió sobre su asiento, cruzó

El arte en la vida nueva

Llenas están nuestras frecuentes Exposiciones artísticas de buenos cuadros y bellas estatuas, obras de arte debidas exclusivamente al irresistible instinto de producir que nuestros artistas sienten. Sus páginas más geniales nacen en el taller sin protección de nadie, ni esperanza de recompensa para el autor, y á la Exposición van sin que tal vez nadie más que éste, el Jurado y los conserjes tengan noticia de ellas.

¡Para cuadros estamos!—dice cada cual, pensando en las desgracias que á todos nos abruman;—y, sin embargo, á poco que se reflexione, no podrá menos de concederse que en el fondo de estos trabajos, mirados á veces como juego de niños ó frívolo pasatiempo, palpitan fuerzas latentes que, en un país á la moderna, serían en extremo apreciadas y fomentadas en bien de la nación.

Por de pronto, es seguro que mereciendo más atención del público y del Gobierno los artistas españoles; entrando, como entrarían, de lleno en la vida nueva del arte, á la que van sintiendo irresistible tendencia, alcanzarían para el país tres cosas bien importantes por cierto.

Primeramente, podría esperarse de ellos que colocarían á menudo el nombre de España alto, muy alto, entre los pueblos cultos, ya que, por desdicha, haya tantos otros, no artistas, que se afanan en ponerlo bajo, muy bajo.

Después, es evidente que podrían crear en nuestra nación un centro de riqueza no despreciable, atrayendo á los amantes del arte, que hoy raramente nos visitan, á pesar de nuestros tesoros artísticos del pasado; gentes que son numerosas en los países de vida moderna, y que no ahorran su dinero cuando se trata del cuadro ó la estatua, por los que sienten casi tanto entusiasmo como la mayoría de los españoles por las corridas de toros.

Por último, los artistas del color y la forma, evolucionando francamente hacia los modernos ideales, serían un poderoso elemento de cultura social, empleando las potentes fuerzas sugestivas de que dispone el arte en su servicio, no sólo de determinadas ideas concretas, no cultivando el arte docente, sino haciendo sentir á todos los esplendores de la paz y la alegría del vivir, cantando las glorias de la ciencia y del trabajo, sembrando de flores é iluminando de fulgentes rayos el camino difícil que conduce á tan caros ideales de bien y de progreso.

El arte debe siempre pelear en las avanzadas en defensa de toda idea nueva; á él toca antes que á nadie anatematizar las infernales rutinas, las preocupaciones funestas que, arraigadas en esta infeliz tierra y conservadas como sagrada herencia, nos han traído á la ruina; él es quien debe aventar hasta el recuerdo de la vida vieja que concluye.

Eso y más pueden hacer el pincel y el pabillo. Si su esfera es más limitada que la de la pluma, que ha transformado el mundo, en cambio es más rápida su acción y menos borrables sus impresiones. No necesita ni aun de la voluntad de aquel á quien se dirige para comunicarse con él é infiltrarse en su alma, porque á su despecho le domina y le conmueve.

¿Se quieren ejemplos de la parte activa que han tomado las artes en la resolución de los grandes problemas que interesan á la humanidad?... Ahí está Miguel Ángel escribiendo el anatema eterno de los errores papales sobre el mismo solio pontificio; Luis David aportando al seno de la revolución francesa la más fiel expresión del espíritu de la antigüedad; ahí está la parábola del Rico avariento y el mendigo Lázaro esculpida por ignotos artistas sobre la fachada de la iglesia románica en pleno siglo xii, como protesta contra el régimen señorial; ahí está el arte bizantino poniendo la enorme figura del puto creator sobre todas las pequeñas de mitos y creencias ortodoxas. En nuestro país, cerca de nosotros, está Goya haciendo el proceso de la corrompida corte de Carlos IV y escribiendo la epopeya de la Independencia; y en nuestro tiempo mismo, Gisbert elevando en su Padilla y su Torrijos monumentos gloriosos de nuestro amor á la libertad. No hablemos de los artistas que sin abordar ideales concretos han creado en todas épocas atmósfera propia para su desarrollo. ¿Quién podrá asegurar que el juvenil humanismo de Grecia no ha sido iniciado por sus artistas? ¿Quién sabe si la grandeza de Roma en sus leyes y en sus conquistas no ha sido en gran parte inspirada por el Colosseo y el Panteón? ¿Quién negará que el espíritu místico de la Edad Media no lo ha encontrado el artista antes que nadie, creando la misteriosa selva de la catedral gótica... ¿Y el renacimiento proclamando la regresión del espíritu á lo verdaderamente humano, no ha hecho resonar el grito de libertad de polo á polo? ¿Y los modernos: Fortuny, los impresionistas, apóstoles de la luz y la alegría, no

las manos sobre el pecho, y con voz rígida exclamó: —Recoemos.

Al día siguiente, cuando el padre Jimeno salta de la residencia, destinado al Colegio de una población cercana, un grupo de albañiles comenzaba á levantar fuerte andamiaje en los muros de la iglesia. ¡Al fin habría torre y en los días de grandes solemnidades el alocado repiqueteo de las campanas lanzadas á vuelo, invadiría el claustro, alegrándolo, y llenaría las calles y las plazas de la ciudad y todos los fieles, como si misterioso muszujin los convocara, acudirían á rezar y pedir mercedes ante las coquetonas imágenes de los altares de la Compañía!

Con motivo de las obras, que se hacían á toda prisa, sin que una nube apareciera en el horizonte prometiendo saciar la sed de los campos, se suspendió el culto en la iglesia pública y los padres habilitaron para los devotos amigos y predilectos las dos capillas interiores que en la residencia había. Ambas estaban en el piso principal y más parecían salones de baile que lugares destinados á meditación y penitencia. Una, dedicada á la Purísima Concepción, estaba pintada de azul y blanco; el techo, fingiendo nubes sonrosadas por un amanecer brillante, tenía una legión de angelitos regordetes y risueños con gasas honestamente colocadas; sobre las puertas y ventanas había inscripciones en latín, escritas con letra gótica, que decían: «A la mayor gloria de Dios;» «Entrad por aquí que esta es la puerta del cielo;» etc., etc. La otra, bajo la advocación de San Luis Gonzaga, era más elegante y alegre; decorada de blanco y oro, llena de luz, tenía en las paredes pintadas grandes azucenas, que inclinaban sus corolas mates ante la égloga del castísimo é inmaculado santo.

Salvador, mi más querido condiscípulo, á quien los padres tuvieron siempre por una esperanza de la Orden, me hizo notar un día que aquella capilla no inspiraba la idea de la castidad, sino la del sacrificio del sexo, y que San Luis, con su carita sonrosada y barbilampiña, la mirada bñia y la boca gimiente, parecía el símbolo del pecado solitario.

saben centuplicar nuestro amor ferviente á la naturaleza y la verdad proclamando la vida nueva?

La obra santa del arte es ésta. No recrear ociosos de ricos, ni suministrar ídolos vanos, ni fomentar preocupaciones lamentables, sino ensanchar el espíritu abriendo los ojos del alma, reponer en el verdadero camino al hombre extraviado, hacerle amar, en fin, la armonía universal, punto de partida de todo progreso.

Hay, por desgracia, arte nefasto, arte informado en el espíritu de las tinieblas y del error, que halaga al tirano, huye la luz y consagra la preocupación, pero este arte concluye su ciclo, su poder se extingue. Allí quedan sus cuadros terroríficos pintados con hollín y sangre, colgando en jirones de las paredes de los claustros en que anidó la inquisición ó de los salones sombríos en que deliberó el Consejo de los Diez.

Hoy todos piden al artista luz, aire, libertad, franqueza, verdad en suma. El arte ha entrado en la vida nueva, é nos dará seguramente alientos en la adversidad, entusiasmos por la paz, la virtud y el progreso.

VICENTE CUTANDA, pintor.

VIS Á VIS.

Ya de cerca te estoy viendo, de cerca me estás mirando y te estoy adviniendo, y tú me estás comprendiendo. Fingidos de igual manera, tú, altiva, yo indiferente... y nos miramos, de frente, ¡sin sonreiros siquiera!

Has pensado, al verme entrar, que, al fin, vuelvo á interesarme, y dices:—«¡Viene á buscarme!» Y digo:—«¡Me va á llamar!» Mas ninguno comprendemos que esta lucha es inocente, pues, en la ocasión presente, sufrimos porque queremos.

Y era tan fácil dejar de padecer y sufrir... ¡Si tú quisieras venir... ó yo te fuera á buscar!

¿Se que á mi quieres volver, mi pecho de amor es muerre, y ninguno de ambos quiere ser el primero en ceder.

Y, en tanto que nos miramos, parece que nos decimos las penas que padecemos y las dichas que gozamos.

Yo te admito siempre bella, tú me atormentas, cruel, y dices:—«¡Que venga él!» Y digo:—«¡Que venga ella!»

Así, altivos y orgullosos, guardamos nuestro dolor y, muriéndonos de amor, nunca seremos dichosos...

¡Nunca! Ya no es de esperar que nos volvámos á unir... Porque no querrás venir... ¡Porque no te irá á buscar!

JOSÉ JUAN CADENAS.

Vislones rápidas

I. Hacía el N. iba un orión en un tren, é iba á luchar en un concurso.

Hacia el S., y en otro tren, descendía un batallón, que iba á luchar con la muerte.

En los dos trenes cantaban. Los coristas, que acudían á una fiesta, entonaban una canción de Gervart, triste canto de emigrantes, frío de la frialdad del Norte y armonizado entre nieblas. En tanto que los soldados que llevaban á la guerra, al campés de las guitarras iban siguiendo una jota, un grito ardiente de sol y una oleada de vida.

Como dos flechas de acero se cruzaron los dos trenes: fundió el viento á los dos coros, armonizados unidos; y aquel abrazo del aire formó de las dos canciones una mismísima queja, que pasó de un tren al otro por los alambres misteriosos que unen las simpatías.

Entonces, como heridos por una niebla, se callaron los soldados al recibir en el alma aquella música triste; en tanto que á los coristas aquella música alegre, deslumbrando sus sentidos, entristeció su canción, y los dos trenes, heridos, se escurrieron silenciosos, cada cual por su camino, dejándose el uno al otro como una estela de nostalgia.

II. Corría un tren de enfermos, un tren de heridos que volvían de la guerra, carne amontonada, cuerpos maltrecos, caras con tonos de agonía y esqueletos sobranes, con los ojos fijos y hundidos, buscando el nido del pueblo entre los pueblos que pasaban, para hallar brazos abiertos y un rincón de hogar donde replegar las alas, doblar el cuello y morir.

Tomó á broma la ocurrencia de mi amigo, que enfadose mucho de ello.

—Eres un superficial imposible—imposible era su palabra favorita; bien lo recuerdo.—Fijate en que éste es un catolicismo fácil, dulce, religión para espíritus débiles, para degenerados; no se siente aquí el empujamiento, el anonadamiento que las altas bóvedas de las catedrales góticas causan al creyente; no se tiene, rezando aquí, idea de la grandeza de Dios; no verás en un altar de estos un Cristo crucificado, cuya mirada vidriosa, carne macerada y heridas brutales espantan. Tratamos á las Vírgenes y Santos como á amigos de alta categoría. El otro día, viendo al padre Gil decir misa con la misma desenvoltura que tiene cuando habla con las familias en el Salón de Visitas, cada vez que se volvía en el altar, tenía que en vez de Dominus vobiscum, dijera: «La señora condesa, doña Purísima Concepción.»

El padre Gil fué precisamente el nuevo confesor de mi tía. No tenía otra misión en la residencia que cultivar la amistad de las familias ricas. Pasábase la mañana en el confesonario y la tarde visitando á sus penitentes. En el confesonario era rígido, severísimo, imponiendo castigos enormes á las pecadoras, les reñía, á veces groseramente, las hacía llorar, las obligaba á contarle todo, con los más nimios detalles y las penitentes se retiraban de su tribunal anonadadas, rendidas, sin voluntad y sin alientos, pero aquella esclavitud era un placer doloroso que las atraía. La posición espiritual se completaba en las visitas que el padre Gil hacía á sus amigos. Era entonces otro el jesuita; hombre de mundo, sabía entretenelas con nimias conversaciones, llenas de gracia, de alegría, de frivolidad, de murmuraciones inocentes; á veces, en medio de las sonrisas y las galanterías, se cruzaban las miradas del padre y de la dama; un torpe recuerdo, acaso de aquella misma mañana, hacía palidecer á la pecadora, y desde que esto ocurría el padre Gil no era ya el confesor ni el director espiritual; era el cómplice.

(Continuará.)

DIONISIO PÉREZ

JESÚS

(MEMORIAS DE UN JESUITA NOVICIO)

II

Mi tía, viuda del más rico labrador de la comarca, se consideraba una María de Alcaocé, ó beata ó santa por el estilo, y aunque conservaba sus caudales y vivía tan rica y gotosamente, ganaba el cielo paso á paso, con oraciones cómodamente rezadas en la capilla de su casa; con donativos y brujuleos en las Asociaciones de señoras católicas, que más sirven para fagonear los pecados del pobre que para remediar sus necesidades; con enviar al convento niñas desesperadas de encontrar novio ó querido, y sobre todo con las limosnas en oro que hacía á la residencia de los jesuitas, edificio que nunca acababa de ser construido y adornado.

Los jesuitas de toda la comarca tenían por ella grandísima predilección, la visitaban frecuentemente llenándole la casa de libros, folletos y hojitas, la invitaban á todas sus fiestas y si materialmente no la sacaban en andas por las calles y la canturreaban gozos y villancicos, en andas la llevaban al cielo y acazo, acaso la pusieran andando el tiempo en los altares.

Sus virtudes eran encomiadas en todas partes por los padres de la Compañía, quienes la mostraban como modelo á cuantas hembras ricas les pedían dirección espiritual y con esto su fama de devota crecía y sus rentas amengaban, porque desde el último mendigo al Arzobispo de la diócesis toda el hampa del catolicismo se creía con derecho á sus donativos y limosnas.

Un día la llamó á la residencia el padre Prefecto y secamente y sin preámbulos le dijo: —Es preciso, señora, que muere usted de confesor.

El padre Jimeno es un varón ejemplarísimo. Pocos hay en nuestra Orden que le aventajen en virtudes, pero es débil, muy débil de carácter. Siente tal admiración por la perfección espiritual que usted ha llegado á alcanzar, guiada por sus consejos, que temo mucho por la salvación de vuestra alma. Nunca somos bastante perfectos. El pecador necesita un rigor inexorable en la mano que lo guite. La caridad es siempre pequeña; la virtud menguada. El Sagrado Corazón de Jesús nunca se satisface del amor de sus hijos. No conoce y no pronuncia más que esta palabra: «Má, má, má.»

Mi desventurada tía cayó de hinojos, gimiendo y sollozando. No se sentía con fuerzas para ir á otro confesonario; ¿qué diría el padre Jimeno? ¿qué pena no le ocasionaría la deslealtad de su mejor penitente? Al fin, el padre Prefecto, que parecía muy preocupado, oyéndola, exclamó: —Bien, bien. El padre Jimeno será trasladado. Todos esos escrúpulos terrenales valen poca cosa al lado de la salvación del alma, que nos es más querida.

En vano suplicó la buena señora. Por toda concesión obtuvo la de confesar al día siguiente con su director de tantos años, liquidar con él las cuentas de conciencia que tenían pendientes, las devociones y penitencias á medio cumplir, las obras de caridad no terminadas.

¿Qué despedida tan tierna, tan dulce, tan consoladora y desesperante á la vez, de aquellos dos espíritus perfectos que tanto tiempo habían gozado en el misterioso eucuchicho del confesonario los inefables gozos del amor cristiano! No volverían á verse; él conocería otras mujeres, esposas y enamoradas de Cristo; pero, estaba seguro, ninguna tan ardiente, tan firme, tan leal como aquella que sollozaba, jurando que ninguna otra palabra la conduciría con tal seguridad por el camino de la salvación eterna.

—Terminemos, exclamó bruscamente el sacerdote; me voy con grandísima pena de esta casa. En tantos años no hemos podido concluir la torre de la iglesia. Y lanzó un suspiro.

LA PAELLA DEL «RODER»

(CUENTO)

Fuó un día de fiesta para la cabeza del distrito la repentina visita del diputado... un señorón de Madrid, tan poderoso para aquellas buenas gentes...

La flor del distrito estaba allí: los curas de cuatro ó cinco pueblos, pues el diputado era defensor del orden y los sanos principios...

Entre las solanas nuevas y los trajes de fiesta oídos á alcanzar y con los pliegues del arco, destacábanse majestuosos los lentes de oro y el negro chaqué del diputado...

Todas las miradas eran para un hombrecillo con calzones de pana y negro pañuelo en la cabeza, enjuto, bronceado, de fuertes quijadas, y que tenía al lado un pesado retaco...

Era el famoso Quico Bolón, el héroe del distrito, un roder con treinta años de hazñas, al que miraba la gente joven con terror casi supersticioso recordando su niñez...

A los 20 años tumbó á dos por cuestión de amores; y después al monte con un retaco, á hacer la vida de roder, de caballero andante de la sierra...

No corrió mucho. Montado en su jaco encontró á uno de los alcaldes que habían estado en la fiesta... ¿Dónde estaba D. José?

El rústico sonrió como si advinara lo ocurrido... Apenas se fué Bolón, el diputado había salido á escape para Valencia.

Todo lo comprendió el carnecero: la fuga, la sonrisa de aquel tipo y la mirada burlesca del viejo teniente cuando el roder pensaba en su protector...

Volvió corriendo al huerto, pero antes de llegar, una nubecilla blanca y fina como vedija de algodón, se elevó sobre las copas de los naranjos...

El discípulo se mesó los cabellos. ¡Recristó! ¡Así se mataba á los hombres que son hombres?

El teniente le puso una mano en el hombro. —Tú, aprendiz de roder, mira cómo mueren los pillos.

El aprendiz se revolvió con ferozidad; pero fué para mirar á lo lejos, como si á través de los campos pudiera ver el camino de Valencia...

Había que ver cómo le obsequiaban y atendían durante la paella, los notables del distrito... Bolón, este pedazo de pollo; Bolón, un trago de vino...

Por él se celebraba aquella fiesta. Sólo por él se había detenido en la cabeza del distrito el majestuoso D. José de Valencia...

Como premio por sus atropellos en las elecciones, le había prometido el indulto y Bolón se sentía viejo y ansaba vivir tranquilo como un labrador honrado...

Pero pasaban los años, todo eran promesas y el roder creyendo firmemente en la omnipotencia del diputado, achacaba á desprecio ó descuido la tardanza del indulto...

La sumisión trocóse en amenaza y D. José sintió el miedo del domador ante la fera que se rebela. El roder le escribía á Madrid todas las semanas con tono amenazador...

Había que verles, después de la paella, hablando en un rincón del huerto; el diputado obsequioso y amable, Bolón cejijunto y malhumorado...

—He venido sólo por verte—decía D. José recordando el honor que le concedía con su visita... ¿Pero qué son esas puestas? ¡No estás bien, querido Quico!

Nada y todo. Es verdad que no le molestaban, pero aquello era inseguro, podían cambiar los tiempos y tener que volver al huerto...

—Lo tendrás, hombre, lo tendrás. Está al caer; un día de estos será.

Sonrió Bolón con ironía cruel. No era tan bruto como le creían. Había consultado á un abogado en Valencia y se había reído de él y del indulto...

El diputado se inmutó viendo casi perdida la confianza del roder.

—Ese abogado es un ignorante. ¿Crees tú que para el Gobierno hay algo imposible? Cuenta con que pronto saldrás de penas: te lo juro.

Y le anonadó con su charla; le encantó con su palabrería, conociendo de antiguo el poder de sus habilidades de parlanchín sobre aquella cabeza fofa.

Recobró el roder poco á poco en confianza en el diputado. Esperanza; pero un mes más tarde, después de este plazo no llegaba el indulto ni escribiera, no molestaba más...

Y despidiéndose con esta amenaza requirió el retaco y saludó á toda la reunión. Regresaba á su pueblo; quería aprovechar la tarde, pues hombres como él sólo corren los caminos de noche cuando hay necesidad.

El diputado los despidió con afabilidad felina. —Adios, querido Quico—dijo estrechando la mano del roder... Cuenta con que pronto saldrás de penas.

El roder y su acólito tomaron asiento en la tartana de su pueblo, entre tres veces que saludaron con afecto al señor Quico, y unos cuantos chiquillos que pasaban las manos por el cargado retaco como si fuese una santa imagen.

La tartana avanzaba dando tumbos por entre huertos de naranjos cargados de flor de azahar. Brindaban las aceitunas, refulgían el dulce sol en la tarde, y por el espacio pasaba la tibia respiración de la primavera impregnada de perfumes y rumores.

Bolón iba contento. Cien veces le habían prometido el indulto, pero ahora era de veras. Su admirador y escudero le oía silencioso.

Vieron en el camino una pareja de Guardia civil, y Bolón la saludó amigablemente.

En una revuelta apareció una segunda pareja, y el carnecero movióse en su asiento como si le pinchasen. Demasiadas parejas en camino tan corto. El roder le tranquilizó. Habían concentrado la fuerza del distrito por el viaje de D. José.

Pero un poco más allá encontraron la tercera pareja, que, como las anteriores, siguió lentamente al carruaje, y el carnecero no pudo contenerse más. Aquello le oía mal. ¡Bolón, aún era tiempo! A bajar en seguida; á huir por entre los campos hasta ganar la sierra...

—Sí, señor Quico, sí—decían las mujeres asustadas. Pero el señor Quico se reía del miedo de aquellas gentes.

Y la tartana siguió adelante, hasta que de repente saltaron al camino 15 ó 20 guardias, una nube de tricorrios con un viejo teniente al frente. Por las ventanillas entraron las bocas de los fusiles apuntando al roder, que permaneció inmóvil y sereno, mientras que mujeres y chiquillos se arrojaban chillando al fondo del carruaje.

—Bajó, baja ó te matamos—dijo el teniente. Bajó el roder con su satélite, y antes de poner pie en tierra ya le habían quitado sus armas. Atun estaba impresionado por la charla de su protector; no pensó en hacer resistencia por no imposibilitar su famoso indulto con un nuevo crimen.

Llamó al carnecero, rogándole que corriese al pueblo para avisar á D. José. Sería un error, una orden mal dada.

Vió el mocetón cómo se lo llevaban á empujones á un naranjal inmediato, y salió corriendo camino abajo por entre aquellas parejas, que cerraban la retirada á la tartana.

No corrió mucho. Montado en su jaco encontró á uno de los alcaldes que habían estado en la fiesta... ¿Dónde estaba D. José?

El rústico sonrió como si advinara lo ocurrido... Apenas se fué Bolón, el diputado había salido á escape para Valencia.

Todo lo comprendió el carnecero: la fuga, la sonrisa de aquel tipo y la mirada burlesca del viejo teniente cuando el roder pensaba en su protector...

Volvió corriendo al huerto, pero antes de llegar, una nubecilla blanca y fina como vedija de algodón, se elevó sobre las copas de los naranjos...

El discípulo se mesó los cabellos. ¡Recristó! ¡Así se mataba á los hombres que son hombres?

El teniente le puso una mano en el hombro. —Tú, aprendiz de roder, mira cómo mueren los pillos.

El aprendiz se revolvió con ferozidad; pero fué para mirar á lo lejos, como si á través de los campos pudiera ver el camino de Valencia...

VICENTE BLASCO IBAÑEZ.

Milagro!

Murió su madre. Anoche se la llevó el furgón... Año el rodar del coche resuena en los oídos, y aún vibran los gemidos de la última oración.

Por un fatal preagüo no la dió en su agonía un beso ni un adiós. —¡Libradla del contagio..., que no entre aquí—decía—no muramos las dos.

Y á un Cristo de madera: —«Señor, cuando yo muera, ferviente suplico—sed vos quien la dirija. Haced dichosa á mi hija...» y luego le besó.

Besó el Cristo mil veces, la niña, y en sus preces la muerte le pidió; y al verla tan hermosa, tan triste y tan llorosa... ¡el Cristo la escuchó!

Murió también, y anoche se la llevó el furgón... Año el rodar del coche resuena en los oídos y aún vibran los gemidos de la última oración.

La Ciencia, que no reza, negó el milagro y dijo despotica y cruel: «Ha sido una torpeza besar el crucifijo...» ¡Se contagió por él!

PEDRO SABAU.

Españolerías GARGANTES

De cómo se entiende el deber profesional en España.

Inverso.

Parece que un sereno de Málaga que se llama Pedro Martínez Zúñiga, molestado por su sueldo publicado en un periódico denunciando sus faltas en el servicio que le esta encomendado, amenazó anoche al Sr. Mamoidi, que de no hacer hoy El Cronista una rectificación envidiosa, él se tomaría la justicia por su mano.

El amenazado no volvió á comparecer de tal pretensión, y esta tarde, acometido tan rápidamente por el sereno, que ni tiempo le dió á defenderse, ha sufrido cuatro puñaladas en las piernas y en las manos que han sido calificadas por los médicos como de pronóstico reservado.

Reverso.

La Correspondencia Militar dice: «Hemos leído con detención lo que La Correspondencia de España escribe en justificación de la reedición del arsenal de Cavite. Lo hemos leído y después pasado á otra cosa. Hasta que el Consejo Supremo de Guerra y Marina falle el proceso que ha debido formarse en cumplimiento de la ley por la expresada reedición. Y el correspondiente á la destrucción de nuestra escuadra en aguas de Cavite.

Que lo tal, si es que este Gobierno se convence de que hay ciertas cosas que no se pueden pasar así, en silencio.»

Conclusión.

Se supone que ha debido entregarse á capitán las fuerzas que estaban en Guantanamo al mando del general Pareja, y que á esto obedece el aumento de repatriados.

De cómo se edifica y se construye en España.

Un albañil carlista.

En una casa en construcción de esta corte fué detenido y puesto á disposición de los tribunales militares un albañil que se dedicaba á hacer propaganda carlista. Parece que el indicado sujeto ofrecía tres pesetas diarias á los obreros que en el momento oportuno formasen parte de las filas carlistas.

El detenido es natural de Valdecañas y peló en la última guerra civil en defensa de D. Carlos.

Está averiguado que no hay en España hacienda, ni ministro, ni dinero. Consolémonos. Véase con qué Neker ingeniosos contamos.

El haupa de Madrid ha comenzado á veranear, y tres de nuestros carteristas más distinguidos han hecho su aparición en el real sitio de San Lorenzo.

Hace pocos días robaron allí una cartera con valores al diputado á Cortes y ex-secretario del Congreso, Sr. Guinón (D. Eduardo).

Los agentes de la autoridad de aquella población sospecharon de tres individuos como autores del hecho y los detuvieron.

Resultaron ser los famosos carteristas El Federico, El Mutias y El Muñeseta.

Los dos primeros visitan muy elegantemente y suelen ostentar joyas de gran valor.

El Federico no hace mucho tiempo fué detenido en el edificio de la Bolsa de Madrid, por varios concurrencias á la misma.

Ese carterista visita casi á diario, y reside en Marsella en unión de su amante, señora que también visita Madrid, iniciando elegantes trajes unas veces, y otras magníficos mantones de Manila, según el trabajo á que tiene que dedicarse.

Había correctamente el francés y el español. Anándose á esto el famoso tipo de que fué víctima el otro día una pobre señora y que revela harás más ingenuo del que ha manifestado el Sr. Pungcerver al dejar cesante á Eusebio Blasco. Y convénzase en que nuestros carteristas podían ocupar muy holgadamente una cartera. Ó ser algunos ex-ministros y ministros carteristas.

¿Que no tenemos héroes? ¿Que nuestros soldados se rinden? ¿Que no hay quien los sustituya? ¡Bah! Véase una prueba de nuestro heroísmo. La escena en la plaza de Carabanchel Bajo: personajitos, los Niños de Eceja, novilleros famosos. Sáte un toro que enciembra el palco en la plaza. Y dice un gran petóchio, de esos petóchios que dedican tres coronas diarias á los toros y seis líneas á libros notabilísimos.

El toro seguía colándose y de gran cuidado. Una grita fenomenal obligó al presidente á suspender la lidia. La confusión era espantosa. Los chicos, desconcertados. El público seguía pidiendo que se retirasen los de Eceja, y con la intervención de personas autorizadas, así se acordó.

Mas de 200 aficionados, se prestaron á seguir la lidia.

Con la base de Valentín Conde y de Manuel Martínez (Pascos), se organizó una cuadrilla de los de la clase de espectadores, en la que figuraban Salerito, Vivato, Moyanito, Machaca y otros dos que no recordamos.

Los niños de Eceja protestaron, pero el público aplaudió aquel cambio inesperado, y acaso nunca visto en ninguna plaza.

Conde estuvo muy bien de capa en su primero. Salerito puso un par superior, y Moyanito otro ídem. Valentín tenía un santo de cara; estuvo bien de mueta, y después de dos bien señados, se desahizó de su enemigo de una hasta los dedos. (Aplausos, puros y monedas de plata.)

En el segundo, Vivato puso un par de primera, y Machaca otro cambiano, que cayó el delirio. (Palmas, duros, y muchos regatos á los chicos.)

Pascos lo trató con mucho respeto y muy bien. El toro, que era el primero, el que hizo á Trancerto, era un poco caudado; pero Pascos se desahizó de él de una un poco aravesada. (Aplausos.)

En resumen: la corrida sensacional, emocionante y divertida; ¡vaya si fué divertida!

El calor, sofocante; un público numeroso llevaba la plaza.

Entre los espectadores vimos al señor presidente de la Diputación provincial (ah Sr. Cemorran) D. Eugenio C. España, y diputado D. Ramon Beltrán; al señor juez de instrucción de Jesús D. Aquino Muñoz; escribano D. Innocencio Mondejar, y otros que gustan de estos espectáculos á manera de escuela de maestros para lo porvenir.

Nos encontramos el lunes, dice un cronista, á la caída de la tarde, en cierto local de la Carrera de San Jerónimo, donde se reúnen algunos amigos. ¡Vival! ¡Vival! gritaban buen número de hombres y chiquillos. Como los salabanos que hubiese ocurrido ningún suceso prospero, creímos que se trataba de un motín y corrimos á los balcones para enterarnos. Hemos de contar que el espectáculo que presenciámos nos causó honda pena. Era varios coches abiertos venían, alegres y bulliciosos, buen número de mujeres casi todas jóvenes y la mayor parte guapas, adornadas con flores en las cabezas, cubiertos los hombros con vistosos mantones de Manila.

Al pronto no supimos lo que significaba aquella comitiva, pero luego nos enteramos de que los zapateros celebraban la fiesta de su santo patrono, y con este motivo habían tenido, como los años anteriores, su novillada correspondiente, con todos los aditamentos de costumbre. Aquellas muchachas y los jinetes que las acompañaban, eran los que habían tomado parte principal en la fiesta, que según dicen estuvo muy animada. Todo, hasta la algazara del público, que no tiene nada que ver con San Crispín, como si en España no sucediera nada.

El mismo día había recibido el Gobierno noticia oficial de la captación de Santiago de Cuba.

Seguimos con las españolerías. Hay que conseguir, al retirar este crimen, dice El Imparcial, un hecho que merezca castigo, y es que siete ó ocho empleados de consumos que estaban cerca y presenciaron lo ocurrido, no tuvieron á bien acudir para detener al Aspartero.

A falta de guardas de consumos bueno es que se consuman detosos.

Una agraciada joven de 18 años ha intentado suicidarse en Benicazán, disparándose una pistola bajo la barba.

Se asegura que la muchacha atentó á su vida por haberse negado su familia á permitirle que postulara por las cañes para la fundación de la Patrona, Virgen de las Nieves.

Funciones de guerra.

SAN SEBASTIÁN 27.—Esta tarde ha circulado el rumor de que se iba á la vista la escuadra americana. Luego se supo que el gobernador militar, para probar el espíritu de las tropas, les había hecho acudir á los sitios de peligro, como acudieron con efecto.

Las autoridades se hallan muy complacidas del espíritu de las tropas.

Nuevas glorias que añadir á la gran victoria obtenida por nuestras tropas en San Sebastián. Puerto Rico sin fecha.—AMARILLO 26.—Capitán general á ministro Guerra: Enemigo desembarcó ocho mañana Guanica con fuerzas considerables y artillería, ocupando población y playa.

La escasa nuestra hizo fuego, teniendo un oficial, tres tropa heridos y apostamos para tratar de impedir avance.

La España caballerescas. «El general Shaffter ha expulsado de su campo á los prisioneros yanquis.» «Los periódicos—dice su corresponsal yanqui residente y muy á su gusto en Madrid—tratan de forzar

la mano al Gobierno en la cuestión de la censura; pero el Gobierno entiende al país y con medidas activas ha contenido la ola del carlismo.»

¡Prestan al Gobierno esos corresponsales algún otro servicio mayor que el de defenderlo contra la prensa española? Pues por grande que sea, ninguno puede disculpar su espionaje descarado.

Otra caballería española y rústicana. «Nuestros soldados se abrazan con los yanquis en Santiago.

Los yanquis—dice un periódico al tratar del embarque de las tropas rústicas—piden como fianza una cantidad en oro superior á la que ha de cobrar la Compañía trasatlántica por su servicio. ¡Viva la generosidad!

Hazañas de una res algo más noble que la res pública. Al entrar al volapié el Fabriló fué alcanzado, empujado y derribado al suelo, donde el toro derrotó sobre él dos ó tres veces.

Con gran oportunidad accedió Cerrajillas, llevándose, no sin trabajo, á la res, que muy consentida en el bulto no quería dejar la presa.

De un día á otro se entregará Puerto Rico. Quienes no se han entregado hasta ahora son un individuo que mató á una individuo por si se había ó no robado un buñuelo y otro que mató á un sujeto por mor del robo de un vaso. Luego dirán que los españoles no son valientes cuando se trata de la patria, que es un verdadero buñuelo.

Pedro Delgado se muere en un hospital. La Hija en otro. La Montes abre un estanco y accede la prensa, la literatura y el clero.

Y los toreros ganan de 60 á 70.00 duros al año. El grito patriótico es éste: ¡Viva la paz! ¡Viva el Guerra!

Escribe San Antonio

Cargado San Antonio de Padua de que en su nombre y representación y con el simpático pretexto de aminorar á los pobres, se haya constituido en Bilbao una Sociedad con sucursales en toda España, para vender por miligramos los sucesos más naturales, explotando la buena fe de los católicos ignorantes, con el título de El pan de los pobres, se ha servido dirigimos, para su inserción, por medio del Príncipe de los Apóstoles, la siguiente:

Epístola canónica de San Antonio.

- 1.º Devotos carísimos y desideratísimos: 2.º Que nadie os engañe. 3.º Han llegado los tiempos en que cerrando los hombres los ojos á la verdad, los han aplicado á las fabulaciones, erigiéndose en maestros de sí mismos. 4.º Y vuestras hijas su herencia. 5.º Y su holganza vuestro trabajo. 6.º Y su patrimonio vuestra hacienda. 7.º Por Pedro, á quien la presente confío, he sabido que ahí se me calumnian. 9.º Y la calumnia como saeta envenenada y espada de gavielans. 10. Y mi ánima por lucro de malvados. 11. Y un nombre abominación á Jehová. 12. Y el Antecristo entre vosotros. 13. Y el espíritu de Bael vuestro espíritu. 14. La iniquidad haue consumado y un nombre por mercancia. 15. Ni eno vuestros males, ni calmo vuestros dolores, ni oigo vuestras suplicas, ni recibo vuestras cartas. 16. ¿No sabéis que los muertos no se comunican con los vivos, sin permissão divina? 17. ¿Vive Cristo ó roma Ailan-Kardoc? 18. Si estudiáis los sucesos no hallaréis de ningún modo el milagro. 19. El asno que se pierde, parece ó no parece, y la mujer preñada da á luz ó aborta. 20. Feuta á Dios, si os place, y Él os dará; llamado y Él os sorria; pero guardar el dinero de la mirada del codicioso, que le acacha como ladrón nocturno. 21. Porque de gratis se os dará lo que ni se vende ni se compra. 22. Y acordáos de que Simón Mago fué herido por el dedo del Señor. 23. Y no escribáis al cielo que es á Jehová profanación y estulticia á los hombres. 24. Ni toméis los sucesos por contestación, que es herejía y sabo á fatalismo. 25. Y á los muertos paz sempiterna. 26. Amad á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á vosotros mismos, que en esto se cierra toda la ley y lo dicho por los Profetas. 27. Y buscad primero el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura. 28. Pero no deis dinero á cuenta de milagros, porque el milagro no se compra. 29. Y vuestro dinero itego del infierno que abrasara las manos y las conciencias de los explotadores. 30. Que nadie os engañe, devotos carísimos. 31. La paz sea con vosotros, y la gracia y la bendición de Cristo Señor nuestro, por siempre jamás. Amen.

ANTONIO DE PADUA, antes Francisco Bulloes.

venido que horrorá mañana; en la ciudad, la clase media, los protegidos de la fortuna se entregan al placer, se adormecen en la molice, pobres de espíritu, faltos de energía, esperando que se cumpla el destino... Y si esto fuera tan sólo la agonía de la desaparición de toda una serie de hombres y de cosas del pasado, si fuera la muerte de un mundo viejo, sin ideales fecundados... Pero ¿en qué confiar? El pueblo ha perdido el instinto revolucionario, no tiene fe en nada ni nada la exalta; es masa inerte y moldeable entre las manos de sus gobernantes; es inculto, ignorante, perezoño y sentimental. La acción es un esfuerzo y el esfuerzo la espanta; vive á gusto con sus errores, sus prójimos y sus tradiciones; su honor, lo ha olvidado; sus libertades, las desconoce ó las desprecia; no le mueve ningún ideal colectivo; su vida nacional se ha estancado y adquirido la rigidez de lo inmóvil; se ha acostumbrado á todos los servilismos y soporta gestos todos los envilecimientos.

¿En quién confiar? Las clases directoras se agitan en los convencionalismos imperantes; no creen en el mandato de ayer y no son aptas para comprender el de mañana; no tienen orientación ni criterio, ¿cómo han de tener voluntad ni energía? La educación, la enseñanza, la política, las costumbres, todo es convencional, falso, arcaico; gobiernan los literatos y los oradores: artistas, y malos por lo general, cuando se necesitan pensadores y caracteres; indiferencia y servilismo abajo, inconsistencia y convencionalismo arriba, y en la colectividad social todo ello; tiranía la rutina, sirva la inteligencia, una fe muerta sustituida á un ideal vivo, todo un país de frailes laicos petrificados en el siglo XVII, parado allí el pensamiento nacional que no ha podido asimilarse sino el ropaje externo de la civilización contemporánea...

¡Y si fuera sólo la agonía de un mundo viejo! ¡Si, tras de eso, se vislumbrara siquiera la alegría de un porvenir nuevo, de una vida hermosa y pujante, juvenil y fuerte!... Pero ¿dónde está ese porvenir, dónde esa juventud? Turba indisciplinada de mentecatos enredados, sin vigor físico ni energía intelectual, ¿qué juventud es, que representa el porvenir de una patria desgraciada? Literatos boños que sólo conciben puerilidades y chismes sin sustancia, que creen y reputan por crítica transcendental; autores que recogen las migajas de desecho del extranjero; espíritus intrigantes y envidiosos, serviles adaladores del éxito, ese ciego sin lazarillo, y de la fama, esa prostituta sin discernimiento; sin más creencias ni conocimientos positivos que los retóricas inconcienzias de la fe religiosa de su infancia; ineptos, incapaces, plumas venales, conciencias elásticas, espíritus flexibles, ambiciosos que todo lo sacrifican á énfimos triunfos personales y no se adaptan á la realización fecunda de una labor colectiva, que luchan por la vida como quien acomete desde una emboscada... esa juventud que debería ser la esperanza, constituyendo el castigo más odioso de la expiación que trae aparejada el fatal destino.

¡Ah! esos estudiantes de París que fundan esas asociaciones, baluarte del progreso y de la civilización, á las que mandan Brietelot, Brisson, Zola á fraternizar con la futura Francia; esos estudiantes de Pavía que riegan con su sangre generosa, mezclada á la del pueblo en rebeldía las calnes de Milán; esas almas fuertes, es corazonos puros, que abren luchar y morir por el ideal futuro, activos en la paz, nobles ante el sacrificio, ¿dónde encontrarlos aquí, entre esa juventud universitaria que aclama á un torero, silla a un periódico, postula por las calles, ó entre esos místicos de última hora, compañeros del bombo, reuñidos en camarillas de chis mozartita, faltos de iniciativa, misoneistas de oscura vacía y petulancia insostenible, que confunden lo nuevo con las abstracciones delirantes del modernismo y profanan la juventud augurata con el estúpido misticismo adoptado como se adopta un traje á la moda que llama la atención de las gentes sencillas...

Y es preciso pensar en reconstruir una patria desquiciada; hay que ir preparando el porvenir de este infortunado pueblo; hay que liquidar el pasado implantando por la educación y el ejemplo la disciplina social de que las nuevas ideas van impregnando el pensamiento moderno; hay que ayudar á que en las entrañas de la patria desgarrada germinen el hermoso y sazonado fruto de una generación fuerte y sana, capaz de realizar la obra de nuestra redención; hay que crear una juventud culta que describa Zola y Mirabeau: «Una juventud educada en el conocimiento positivo de la naturaleza, que viva la vida ardiente, sana, totalmente; que no se pierda en ensayos poéticos ni se encierre en torres de marfil; que sienta la pasión, el amor de la justicia, el culto de la belleza, la sed ardiente de la libertad, el deseo imperioso de la acción y lleve el caballo y el traje como todo el mundo. Una juventud guiada por un ideal claro y fecundo, porque tiene su fuente y su raíz en la naturaleza y en la vida; que haya reputado el misticismo y los vagos simbolismos que glorifican la impotencia... ¡No más vírgenes paídas y vaporesas del prafaelismo, héroes inusitados ó demenciais, ni princesas que parecen resalar sobre nubes amarillas y mares espolvoradas; no más jureles fantasmais... sino realidades fecundas, realizaciones sociales, ferrosas fe que se comunica á cuantos rodea, lanzándose á la conquista de las ciudades, de la provincia, organizando centros de acción, de educación moral, de iniciativas sociales, esbozando un movimiento que empieza y ha de regenerar el mundo!...

NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA.

Lección aprovechada

Un día, con sus puntas y ribetes de filósofo, acostumbraba explicar á sus discípulos, todos los días, una fabula ó apólogo, y luego, en oportuno ejercicio de gmnástica intelectual, como él decía, formulaba la siguiente pregunta:

—¿Qué moraleja debimos deducir del cuento? Resuro un día el caso de un chico muy travieso y holgazán que, en fuerza de serlo y para castigo suyo, hubo de hacer en manos de feroces dueños ó trasgos que le hicieron purgar sus pecados cogiéndole de las orejas y tirándole de ellas hasta desgarrárselas; y al final, el maestro propuso la consabida cuestión á sus atentos y sobrecegados alumnos.

Tocó contestar al que de ellos era más desaplicado y revoltoso, y por ende objeto de frecuentes castigos, el cual, entre maticos y candido, respondió:

—Pues, la moraleja es... que no debe tirarse de las orejas á los niños.

Señalantes al escolar de esta anécdota son nuestros Gobernantes, y conforme á la preta penetración de aquél, deducen enseñanzas—ó moralejas—de los sucesos y castigos que su desventurada política conciano viene ocasionando, especialmente en Filipinas.

Ellos, los prohombres de nuestra política, nada saben, ni por aprender se fuman, respecto á Filipinas: el caso más oímismo de aquel ministro de Ultramar que al recibir una comunicación del capitán general de las islas diciéndole que el anay (hormiga blanca) había destruido varios archivos del país, decretó acto seguido que se formaran columnas volantes para la persecución del anay; este característico ejemplo, se repite incesantemente.

Y cuenta que, ahora nos da por lo inglés: dícese que el actual ministro de Estado viste y se porta muy á la inglesa, y por cierto que en este su estiramiento nota-gre-sajón hallaba, poco há, cierto periodista una nota característica de noble abolicion, con mal año para la clásica aristocracia española, de proverbiales finezas y sencillez;—pues bien, aunque las botinas del señor utique de Almodovar del Río pretenden significar una nueva orientación en la política española, no hay esperanzas de que nuestros políticos pasen de ahí, de las botinas.

Inglaterra ha tenido tremendas complicaciones coloniales, pero antes á la reacción que debía deducir y deuto de ellas, puso el remedio y las evitó para lo porvenir, castigando duramente á rebelde y primario á los fogalif (canes) con toda suerte de coacciones; ejemplos: la autonomía del Canadá y las libertades decretadas en la India.